8634

El
Pilluelo de Paris

Loubia

14

tectura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por
ernos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está termina-
consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, en tela,
38 pesetas.

dia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—Se re-
por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—Está
inada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntimos.—
amente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** pese-
5 céntimos.

onario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Benot.—
parte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—
a un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pesetas.

ica orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.° prolongado,
24 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provincias.—
ncuadernación en pasta entera, **2** pesetas.

onario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y Quin-
, precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gramati-*
.—Un tomo en 4.°, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pasta ó tela.

los de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un volumen
64 páginas en 4.° prolongado, encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMAS por
rado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen igual,
CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condiciones.

entos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carracido.—
olumen en 4.° prolongado, con infinidad de grabados intercalados en el
encuadernado en pasta. **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

onario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo en 8.°
adernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

onario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De igual
año y precio.

auromaquia, de Rafael Guerra (*Guerrita*).—Se publica por cuadernos
o y dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos fotogra-
intercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.

batalla, original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.°, de 268 pági-
3 pesetas en rústica.

Mecum del estudiante de Derecho, por C. Flavio, abogado del
Colegio de Madrid.— Libro de utilidad y necesidad indiscutibles para los
iantes de Derecho. Contiene todas las asignaturas de la carrera, y fácilmente
eden preparar para los exámenes, no sólo de cada una de ellas, sino para el
o al tomar el grado de licenciado.—Un tomo en 4.°, de 384 páginas, **7** pese
n rústica y **9** en pasta.

stamento ológrafo, por D. Gabriel Ricardo España, abogado del ilus
olegio de Madrid —Un tomo en 4.°, de 256 páginas próximamente. Contiene
los formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por sí, y sin
ultas, pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alcance de
.

uceta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 páginas
esetas.

te Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de dicha
natura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.° prolongado, **5** pesetas

Pequeñeces.....—*El Jesuíta*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

erosas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cromo
rtidas por cuadernos semanales.

oteca del Renacimiento Literario.—Van publicados *veintisé*
os, á **2** y **3** pesetas uno.

EN PREPARACIÓN

Le Gamin de Paris

EL PILLUELO DE PARIS.

Comedia en dos actos,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR LOS

E. Vanderburch

Sres. Bayard y Danderburch,

y traducida al castellano

POR D. JUAN LOMBIA.

Ejecutada por primera vez en el teatro del Príncipe el 17 de Noviembre de 1836.

Esta comedia fué aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del reino en 31 de Julio de 1850.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Febrero 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
EL GENERAL MORIN.	*D. J. Lombía.*
AMADEO, *su hijo.*	*D. N. Lombía.*
LA BARONESA, *cuñada del General.*	*Doña M. Palomino.*
GERTRUDIS, *abuela.*	*Doña. G. Llorente.*
JOSÉ. . } *sus nietos.*	*Doña J. Perez.*
ELISA. }	*Doña T. Lamadrid.*
EL SEÑOR BIZOT, *antiguo empleado.*	*D. A. Campos.*
HILARIO, *ayuda de cámara del General.*	*D. A. Cobos.*
DOS CRIADOS.	

La escena es en París: el primer acto en casa de Gertrudis, y el segundo en la del General Morin.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala sencillamente amueblada: una puerta á la izquierda, otra en el foro, y una cómoda á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

AMADEO. GERTRUDIS. ELISA.

(*Al levantarse el telon aparece Gertrudis sentada á la izquierda, haciendo media sin mirarla, con los ojos fijos y sonriéndose, y Amadeo sentado á su derecha retratándola; Elisa al otro lado copiando música.*)

Amadeo. No estoy contento con esta nariz; es preciso hacerla de nuevo.

Gertrudis. Ay! me va usted á hacer otra nariz? á este paso no acabará usted nunca el retrato; ya hace tres horas que anda usted á vueltas con mis narices

Elisa. Tenga usted un poquito de paciencia, abuelita, que ya está muy adelantado.

Amadeo. Sí, con dos ó tres ratos...

Gertrudis. Dos ó tres?... le parece á usted poco?... pues es divertido estar todos los dias dos horas de esta manera y con el cuidado de conservar la boca medio abierta, sin hablar una palabra y riendo... aunque una esté rabiando interiormente!... Le aseguro á usted que si no fuera por los nietos... ahora que estoy tan vieja es cuando quieren sacar mi retrato, porque conocen que pronto les faltará el original; pues yo no estoy ya

666676

para aguantar tanto tiempo quieta... si no se depacha usted, creo que me voy á consumir antes de que se concluya.

Elisa. Abuela, y la sonrisa?

Gertrudis. Ah, es verdad. (*Esforzándose á sonreir y tomar el gesto con que empezó.*)

Elisa. Ya ve usted, es preciso que nos aprovechemos de la vecindad del señor Amadeo, ya que se ha mudado á esta misma casa.

Gertrudis. Es verdad que esa ha sido una felicidad.

Amadeo. (*Mirando á Elisa.*) Para mí, señora Gertrudis.

Gertrudis. Es muy guapo el señor Amadeo: vecino mas amable!...

Amadeo. Señora...

Gertrudis. Y tan juicioso, de tan buena conducta; nunca pára en su casa, siempre en su trabajo.

Elisa Verdad es!

Amadeo. (*Mirando á Elisa con ternura.*) Ah! (*Alto.*) Qué quiere usted? tengo que ir al taller: ahora estoy pintando en las decoraciones del teatro del Ambigú.

Gertrudis. Vea usted qué diferencia de este jóven á mi nieto! Oiga usted, señor Amadeo: usted que tiene juicio, y que ya es un hombre, hágame usted el favor de reprenderle, porque me tiene aburrida esa criatura: es tan revoltoso, tan holgazan, tan malo... vamos, un pilluelo, como dice el señor Bizot.

Amadeo. Quién, aquel delgaducho que vive en el piso tercero?

Elisa. No haga usted caso de ese hombre, abuela, que no puede ver á José porque siempre le hace rabiar.

Amadeo. (*Riendo.*) Ah!... Ah!... Ah!...

Gertrudis. Conque usted se ríe?... pues á su edad ya debia aplicarse al trabajo; pero sí, échele usted guindas; no piensa mas que en jugar, en correr por las calles, siempre dando, ó llevando pescozones, tirando pedradas... Válgame la Vírgen! el dia menos pensado le va á suceder una desgracia, ó va á hacer una diablura que me cueste la vida. Ay! qué trabajo tengo con esta criatura, Dios mio! Dios mio!

Elisa. Abuela, y la sonrisa?

Gertrudis. Ah! es verdad. (*Gesto de sonrisa.*)

Amadeo. No debe usted tomar tan á pechos esas pequeñeces; es travieso; pero á su edad no tiene nada de estraño, y menos en él, que es vivo como una centella: para eso tiene un corazon escelente y un bello carácter: lo que es á mí me divierte muchísimo. Y sabe usted que tiene talento?

Elisa. Ya se ve que lo tiene: eso es lo que decia el otro dia el regente de su imprenta: «Pepito sería muy »pronto el mejor cajista de casa si se aplicase.»

Gertrudis. Ya; pero qué hacemos con eso si no se aplica... y no será porque no tiene en casa quien le dé ejemplo: ahí está su pobre hermana, mi Elisa, que dia y noche está trabajando, ya á coser, ya á bordar, ya copiando música.

Amadeo. Ah! Elisa es un ángel!

Gertrudis. Oh! está muy bien educada, tiene mucho talento y una conducta ejemplar... es la admiracion de todo el barrio. (*Elisa, que se ha quedado pensativa, deja caer un papel de música que tenia en la mano; Amadeo se levanta, lo coge del suelo y se le dá.*)

Amadeo. Señorita! (*Ap. á ella.*) Por Dios, Elisa!

Gertrudis. Mientras que José...

ESCENA II.

DICHOS. EI SEÑOR BIZOT.

(*Amadeo vuelve á su puesto y sigue con el retrato.*)

Bizot. José es un tunantuelo.

Gertrudis. Hola, señor Bizot.

Bizot. Buenos dias, vecinos, porque todos lo somos: cómo va? Bien, eh? á mí tambien: ustedes estarán buenos, no es así? yo para servir á ustedes... estimando, gracias.

Gertrudis. No va usted hoy al Monte de Piedad?

Bizot. No es dia de venta.—Hola! Hola! se está usted retratando? y está muy parecido; sin embargo, creo que debia usted estar mas de perfil y los ojos no tan abiertos... Calle!... está haciendo un gesto con la boca, y tiene la nariz desfilando por la derecha, la cara

muy larga, y mucho mas blanca la tez —, sin embargo, vecina, el retrato se parece muchísimo.

Gertrudis. Yo lo creo.

Amadeo. (*Levantándose.*) Hola! usted se precia de conocedor?

Bizot. Lo que mas me maravilla es que el señor tenga tiempo para hacer esto: siempre está tan ocupado! no pára un momento en su casa.

Amadeo. Yo! qué aprension! (*Yendo al lado de Elisa.*)

Elisa. Qué me mira usted? Yo no soy quien lo ha dicho.

Gertrudis. Es verdad que de dia pára poco en su habitacion.

Bizot. Y de noche lo mismo.

Elisa. Señor Amadeo...

Amadeo. Déjele usted; si no sabe lo que se dice.

Bizot. Cómo que no sé lo que me digo? pues yo no lo saco de mi cabeza... la portera me enteró de ello esta mañana cuando subió á barrerme el cuarto; sí señor: dice que siempre sale usted á media noche y no vuelve hasta el otro dia.

Amadeo. Ah! sí, alguna vez que otra, desde que estoy pintando en el teatro del Ambigú... para juzgar mejor del efecto de la luz artificial sobre las decoraciones, vamos de noche. (*Ap.*) Maldito charlatan!

Elisa. (*Ap.*) Se ha turbado...

Bizot. Pero eso á mí no me importa. Yo vengo á hablar á la señora Gertrudis de una cosa que le interesa.

Amadeo. (*Procurando reponerse.*) Alguna queja contra el pobre José.

Bizot. Nada de eso... aunque nunca me falta motivo, y ahora particularmente.

Gertrudis. Pues si está en el taller...

Bizot. Sí, valiente pillastron.

Elisa. Dios mio! pues qué ha hecho?

Bizot. Qué ha hecho?... Todavía estoy cojo: figúrese usted que yo estaba paseándome orilla al canal de San Martin... no hace veinte minutos... Sí reparé que habia varios muchachos jugando al chito, pero no hice alto: por supuesto, y en el momento en que me hallaba mas descuidado, paf... me sacuden en la pierna, precisamente un poco mas arriba del tobillo, un tras-

tazo con una gran moneda que me hizo ver las estrellas... estoy seguro de que tendré la señal, y en seguida oigo una voz burlona que dice: «Fuera cani»llas.» Dí un grito espantoso... Ah! y al volverme lleno de indignacion, qué es lo que veo? á José, á Pepito su nieto de usted, que en vez de ir á la imprenta estaba jugando, y que se echa á reir al conocerme. Furioso me dirijo á él, pero inmediatamente me hallo rodeado de una caterva de diablos que me llevan á empellones hasta el baluarte, gritando en todos los tonos: «paja larga! paja larga! paja larga!» Ya ve usted, que ese chico es muy malo y que no puede tener buen fin...

Gertrudis. Eso es lo que yo temo.

Amadeo. (*Riéndose.*) Porque le ha tirado á usted una moneda á las piernas!

Elisa. No hay duda que le habrá hecho á usted mucho daño!

Bizot. Canario! Conque nò me ha hecho... pero no riñamos por eso, señorita Elisa... es hermano, y usted le defiende, no hay cosa mas justa; no por eso dejaré de hacerla á usted justicia y apreciar á su familia, y la prueba es que vengo á revelar á la abuela un secreto muy importante para usted.

Elisa. Para mí?

Amadeo. En ese caso yo me retiro. (*Se oye á José que llega.*)

Gertrudis. Quién corre así?

Bizot. Eso no se pregunta.

ESCENA III.

DICHOS. JOSÉ *corriendo, sin casquete y en blusa, calado de agua y tiritando.*

José. Herr, herr, hirr, harr, una blusa, abuela, una blusa y todo lo demás... estoy tiritando... harr.

Elisa. Dios mio!

Gertrudis. Ve usted eso!

Bizot. Guapo!

José. Señor Bizot, quiere uste jugar á calienta manos? harr.

Amadeo. De dónde diablos sales?

Elisa. Tú vas á quedarte baldado.

José. Bah... esto no es nada, Elisita, nada... una blu... blu... blusaar...

Gertrudis. Pero de dónde sales, condenado, de dónde sales de ese modo?

José. Del canal de San Martin, abuela: si viese usted qué fria está el agua! hurr...

Todos. Del canal?

Bizot. Habrá hecho alguna diablura, y le habrán tirado al agua.

José En eso se equivoca usted, porque me he tirado yo mismo. (*Saca el pañuelo mojado del bolsillo y salpica al señor Bizot.*)

Bizot. Uf! qué diablo!

José. Hola! usted por acá, señor Amadeo!

Gertrudis. Pero vamos á ver, cómo ha sido eso?

José Si no ha sido nada, abuelita; se lo digo á usted de veras... me acerqué demasiado, enteramente á la orilla, y catapuf... adentro... nada, figúrese usted que me ha caido un chaparron... lo mismo es, y déme usted una blusa... la azul, y la camisa de los dias de fiesta, las medias de id, el pantalon correspondiente y un pañuelo limpio...

Amadeo. (*Ap.*) Qué travieso es!

Gertrudis. Pronto, Elisa, pronto, dale ropa. (*Elisa saca la ropa de la cómoda.*) Pero yo quiero saber cómo ha sido esta diablura, caballerito, lo oye usted, quiero saber la verdad.

Bizot. Por supuesto, responda usted á la señora Gertrudis, dígale usted...

José. Y sino quiero decírselo delante de usted? es usted mi abuela? á usted qué le importan mis asuntos? (*A Amadeo.* (Tengo sangre en las narices, eh?

Amadeo. Múdese usted pronto, que se va usted á pasmar.

José. (*Mientras le quitan la blusa.*) Señor Amadeo, parece que no está usted siempre tan fachenda como ayer; y hace usted bien.

Amadeo. Yo!

Elisa. (*Acercándose con viveza.*) Señor Amadeo...

Gertrudis. (*Registrando los bolsillos de la blusa.*) Qué

es lo que tienes en los bolsillos? (*Enojada.*) Válgame Dios! (*Saca un trompo.*)

Bizot. Un trompo!

José. Toma! un peon; démele usted, señor Bizot.

Elisa. (*Dándole una blusa, camisa y pantalon.*) Vamos, á mudarte pronto.

Gertrudis. (*Sacando una moneda grande de cobre.*) Una moneda de seis sueldos.

Bizot. La misma... la conozco... la de mis piernas.

José. Ah! es para el chito... voy, abuela... (*A Elisa.*) A tí te lo diré todo. (*A Amadeo.*) Porque va en tílburi no saluda á sus conocidos: qué orgulloso! voy... horr... harr... (*Se va saltando por la puerta de la derecha.*)

Amadeo. Otro hablador... afortunadamente no han oido...

Gertrudis. Pero, señor, qué diablos habrá ido á hacer en el canal?

Elisa. Ya se lo dirá á usted él mismo.

Gertrudis. Este chico me tiene que quitar la vida.

Bizot. Lo cierto es que tiene unas manos fatales... pero á todo esto, señora Gertrudis, yo tengo que hablar á usted de un asunto importante.

Gertrudis. Bien, pues...

Amadeo. Me retiro... Señorita, señora... mañana me parece que concluiré el retrato.

Gertrudis. Gracias, señor Amadeo; hasta mañana. (*Amadeo se va por el foro con la caja, Bizot y Gertrudis por la izquierda: luego que han desaparecido vuelve á entrar Amadeo.*)

ESCENA IV.

ELISA. AMADEO.

Elisa. No; váyase usted.

Amadeo. Nada temas, ahora no saldrán.

Elisa. Me hace usted temblar.

Amadeo. No tengas cuidado... yo debiera reñirte... no tienes confianza en mí; me haces un agravio en sospechar...

Elisa. Pero convenga usted en que tengo razon: esa vida misteriosa que usted lleva...

Amadeo. Nada hay que no sea muy natural... mis ocupaciones, mi trabajo...

Elisa. Antes no era así... siempre estaba usted en su casa, y nunca buscaba pretestos para dejarnos... entonces me amaba usted...

Amadeo. Y ahora te amo mas que nunca.

Elisa. Ah! si no fuera así no sé lo que haria... yo soy soltera, pobre; y si usted me engañase amándole tanto... si abusase usted de mi confianza... infeliz de mí entonces!

Amadeo. Ah! no me creas capaz de olvidarte... yo te amaré eternamente... y cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, jamás podrá borrarse de mi corazon esa gracia, ese candor angelical... Elisa. (*La besa la mano.*)

José. (*Viéndole al salir.*) Perdone usted por la cortedad! esas tenemos?

Elisa. Cielos! mi hermano!

Amadeo. Adios, José... (*Se va.*)

José. Te ha besado la mano como un señor... quiere usted hacerme el favor! qué tontuna! la mano, teniendo cara!...

ESCENA V.

ELISA. JOSÉ.

Elisa. Por fin te has mudado; ahora no tendrás frio.

José. Qué! ya estoy sudando: dime, no tengo así un aire de importancia...

Elisa. Como el de otro cualquiera.

José. Si yo tuviese un vestido azul, elegante, como el señor Amadeo, me tendrian por un caballero como á él... solo con 55 ó 60 pesetas parecería... que sé yo! y los domingos cuando me pongo el sobretodo que me hizo volver la abuela, y el chaleco azul que tú me has hecho de lo que te ha sobrado de tu vestido, no estoy del todo mal, y sin embargo no tengo vanidad como el señor Amadeo.

Elisa. Pues qué, él ha usado contigo?...

José. Por supuesto... el otro dia llevaba las pruebas de una novela al señor Pablo Kok, iba leyéndolas por el camino, cuando por poco me espachurra un caballo soberbio... oigo hue! hue! me vuelvo dando un salto, y á quién veo en un tílburi? al señor Amadeo! que sin conocerme me alarga un latigazo... Señor Amadeo, le digo gritando, vaya usted con Dios; sí, échele usted un galgo, se hizo el sueco y siguió corriendo como si tal cosa... vaya un fantasmon, eh?

Elisa. Pero cómo es posible que él tenga tílburi?

José. Eso no lo sé; pero estoy seguro de que él me dió el latigazo y llevaba su jockey, uno sin pelo de barba, jovencillo, gordifloncillo, con unos mofletes y una cara de pascua! tan alegrillo! no, no se me despintaria si le viese.

Elisa. Vamos, estás disparatando... dejemos eso! no me dirás lo que te ha pasado esta mañana? cómo ha sido el caerte en el canal?

José Oh! es una aventura muy graciosa; pero no quiero contársela á nadie mas que á tí... tú tienes muy buen genio y no me regañarás; yo te quiero mucho, Elisa, mucho, mi querida hermana, porque cuidas muy bien á la abuela... pobre viejecita!... siempre regañando por aquí, gruñendo por allá... y cuando llora, cuando tiene algun disgusto por mí, por tonterías, me caen unas lágrimas... pobrecilla!... pero si la quiero tanto... mira, cuando la beso me la comeria... por vosotras me echaria al fuego.

Elisa. Pero si ahora no se trata de que te eches al fuego.

José. Ah, sí, de que me he echado al agua. Por supuesto, has de saber que cuando encuentro á mis compañeros... porque lo que me tienta siempre son los baluartes ó el canal: si no hubiera canal ni baluartes en París, no habria nadie mas juicioso que yo... pero ya se ve, pasa uno por allí, están jugando, eh?... dice uno, un cuarto de hora mas ó menos... diré que me han entretenido con las pruebas: se mete uno, y adios!... yo he ganado media peseta... eso no es malo, verdad? (*Ap.*) Bien que antes habia perdido una en la imprenta.

Elisa. Pero, Pepe, y el canal?

José. Verdad es... volvamos al canal. Llegué, encontré

allí una porcion de amigos: Miguel, el hijo del tornero, Benito, el del escultor, que es ebanista... qué sé yo? una porcion jugando, y cerca de una peseta encima del chito... así que los vi, dije: «dos mas,» y me coloqué el último: uno de los chicos gruñia porque dice que soy un fistol... qué tonto!... y sabes por qué? porque tengo dos piezas para tirar, machacadas, que valen un Napoleon; con la una tiro á arrimar y con la otra á taco... no te las he enseñado?

Elisa. Pero el canal, el canal?

José. Ah! sí, vamos al canal... puse mis cuartos y saco las (*Tira del pañuelo que lleva en la blusa, y cae un trompo.*) piezas así... Calla, mi coquera... si vieras qué bien baila todavía? tiene una vida! y nunca me hace birria: (*La enebra siguiendo la narracion, la tira y coge en la mano: juego cómico.*) allí en el baluarte, junto al Gimnasio, es donde la habias de ver, en aquella plazoleta... Pues señor, con la primera pieza derribé el chito con toda la calderilla que tenia encima... medimos, y no era mio mas que la mitad poco mas; se habian rodado algunas piezas... habia mucha gente mirándonos; niñeras, chiquitines... qué sé yo?... iba á tirar la segunda, y oigo un chillido terrible... qué será? qué no será? y sabes qué era? una bestia de criada que estaba hablando no sé con quién sin hacer caso de un niño que llevaba, y el pobre chiquitin se habia caido al canal. Chiquirritillo de tres años y medio... todos gritaban... socorro! que se ahoga una criatura!... socorro!... yo que lo veo, echo á correr, y sin decir á la una, á las dos, ni á las tres, suit... me zambullo en el agua, y nada que te nada le pesco por los ricitos en el momento en que se me iba á meter debajo de un barco cargado de tejas... no fué mala la fortuna, eh? si tardo un poco mas, buenas noches. A la borrica (*Tira el trompo y lo coge en la mano.*) de la criada me la encontré con un patatús cuando salí del agua con su niño... (*Por el trompo que tiene bailando en la mano.*) No te lo echo, porque tiene muchas chichas y te lastimaria los dedos... estuve por decirla... qué sé yo ?... ahí tiene usted su criatura fué lo único que la dije, y otra vez tenga usted mas cuidado... Tambien los padres tienen buena calma:

merecian... no, si yo llego á tener hijos, irán á paseo conmigo... pero cuánta gente se agolpó!... Todos me rodeaban, me daban la mano, y me hubieran abrazado á no ser porque temian que los mojase... á mí me daba vergüenza, porque como estaba calado y con la traza que me has visto... de modo que me escurrí como pude, me vine corriendo á casa, y ahí tienes toda la historia del canal: es bonita, no es verdad, Elisa? (*Tira el peon.*)

Elisa. Me has hecho llorar con ella!... pobre José! tan modesto, tan buen corazon, y siempre acusándole!

José. Quién? El señor Amadeo?

Elisa. No lo creas: él te hace justicia; y mira, te pido que no le tengas rencor; quiérele por el cariño que me tienes, y nunca digas mal de él, delante de la abuela sobre todo, porque me dás una pesadumbre.

José. Pues no tengas cuidado, te lo prometo.

Elisa. No me cuesta poco el defenderle contra el señor Bizot.

José. Eh... no hagas caso de él; es un vejete estrambótico, un retoño del antiguo régimen, que tiene en cada cana una preocupacion.

Elisa. Pero tambien esta mañana el golpe que le diste!

José. Y por qué se zampa en el chito? además no tiene por qué quejarse, yo le avisé... le dije bien fuerte: «Fuera canillas.» (*Al decirlo tira el peon, que ha vuelto á enebrar, y dá al señor Bizot, que entra al mismo tiempo seguido de Gertrudis.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GERTRUDIS. BIZOT.

Bizot. Pues entonces... Ay! bravo!!! bien!!! pues digo que...

José. Perdone usted, señor Bizot.

Gertrudis. Qué es lo que has hecho?

José. (*Toma la calceta de su abuela, y se pone á hacer punto sentado.*) Yo? nada... déjeme usted, abuelita, le haré á usted un poco de calceta.

Bizot. No, acaba antes conmigo.

Gertrudis. Pero qué has hecho?

José. Y si ha sido sin querer: sabia yo que iba á salir al mismo tiempo? Mire usted, señor Bizot, tengo la mano desgraciada para usted; no se me ponga usted delante, porque alguna vez le voy á romper á usted cualquier cosa... de fijo.

Bizot. Pues me voy por si acaso á mi habitacion. Señora Gertrudis, al instante volveré por la respuesta: adios, niña.—Diantre, parece que el chico se ha propuesto martirizarme. (*Al pasar por delante de José.*) Hem... revolucionario! Si no fuera... (*Se va.*)

José. (*Soltando una carcajada.*) Ah, ah, ah, ah, ah!

ESCENA VII.

ELISA. GERTRUDIS. JOSÉ.

Gertrudis. Todavía se ríe!... picaron, no sirves mas que para darme disgustos, para matarme á pesadumbres.

José. Bah, si llora usted soy hombre al agua.

Gertrudis. Váyase usted al taller, picaronazo.

José. No, abuela, eso sí que no; no me voy sin que hagamos las amistades: dejarla á usted enfadada? entonces estaria yo malo todo el dia.

Elisa. Vamos, abuela.

Gertrudis. No, no, que se vaya, no quiero verle.—Perezoso, holgazan!

José. Bueno, regáñeme usted todo lo que quiera... confúndame usted, abuelita: quiere usted pegarme un poco?... Si eso la tranquiliza á usted... no lo deje usted por cortedad... (*Ap.*) Algunas veces me sacude... pero nunca me hace daño.

Gertrudis. Bien lo merecia usted... un destrozon... siempre hecho pedazos, que su hermana se deshace los ojos por coserle todas las noches.

Elisa. Si á mí no me cuesta trabajo.

José. Elisita! (*Haciéndola fiestas.*)

Gertrudis. Y la gorra? ahora que reparo, dónde está la gorra, condenacion?

José. La gorra?... calla, y es verdad!... se ha quedado en el canal, abuela.

Gertrudis. Una gorra que habia costado tres pesetas...

vete... vete... tú tienes que morir en un patíbulo. (*Va á sentarse en su sillon.*)

José. Porque he perdido la gorra? Hola! se ha ido á sentar; ya es mia.

Elisa. (*Sentada cerca de Gertrudis.*) Ya estaba muy vieja.

José. Y luego vea usted, ponerse así por una gorra que contaba 18 meses de trabajos! Además, le parece á usted que me faltarán á mí gorras? quiere usted que le haga 20 en un momento? apuradamente en la imprenta no necesitamos sombrero. (*Toma de la mesa un pliego de papel y hace una montera.*) Quiere usted un colbak? un sombrero á lo Napoleon? una mitra de obispo?... no tiene usted mas que hablar, y lo tendrá usted de nueva invencion por privilegio eselusivo. «Aquí. (*Se pone la montera que ha hecho, sube sobre una silla, y tomando una actitud se pone á gritar.*) Aquí, al sombrero francés, premiado por S. M.; sombreros de nueva invencion, impermeables; el sombrero francés.»

Gertrudis. (*Sin poder contener la risa.*) Y cómo se enfada una con este diablillo?

José. Se ha reido.

Gertrudis. Pero dime, por qué has ido al canal? qué tenias que hacer allí?

Elisa. Por esta vez, abuela, no le regañe usted, porque ha hecho una buena accion: sepa usted que ha salvado una criatura que se estaba ahogando.

Gertrudis. De veras? bien, hijo mio! conque has salvado?... No digo que eso esté mal hecho; pero por qué has de destrozar así la ropa?

José. Toma... yo no sé meterme en el agua sin mojarme: vamos, hagamos las paces, abuelita. Si no es usted (*Se acerca á ella y la acaricia.*) tan mala como parece, ni yo tampoco soy un picaronazo, ni tunante, como usted dice, sino un buen muchacho que quiere mucho á su abuela... (*La abraza.*)

Elisa. (*Ap.*) Qué picaruelo!

Gertrudis. Ya lo sé, lo sé... pero entonces, por qué me haces inquietar? Es preciso trabajar, es preciso ser hombre de bien.

José. (*Deslizándose de rodillas delante de ella.*) Sí, sí,

tiene usted razon... yo no soy mas que un pillito, pero no tenga usted cuidado, que con el tiempo... de aquí á un año ya no jugaré al chito, ni á nada... solo pensaré en trabajar, y siempre firme... Verá usted: pasaré á todos los del taller, seré prensista, cajista, director, qué sé yo? Mire usted, nuestro patron vino á París con almadreñas, el saquito á la espalda, tan pobre, mas pobre que yo... y ahora tiene una gran imprenta con muchos oficiales, mucho dinero, vagilla de plata, y en la última esposicion le dieron una hermosa cruz de honor que lleva en el ojal del frac. Y por qué no he de llegar yo á tener otro tanto? Ay, Dios mio! y cuánto me alegraré por usted! Entonces nada le faltará á mi abuela: su café por la mañana con una gran tostada de manteca bien cargada y calentita... un coche para ir á paseo, y los domingos su palco en el teatro del Ambigú... cómo la cuidaré, cómo la mimaré á usted, abuelita... (*Besándola.*) mi querida abuelita!...

Elisa. Ya se acabó todo, no es verdad?

José. Y un dote para Elisa, un dote enorme!

Gertrudis. Es muy guapo muchacho... eso sí... y espero que con el tiempo será un hombre de provecho... sí, todos los dias pido á Dios que os bendiga... porque, hijos mios, somos pobres, vuestro padre nada dejó... un pobre militar. — Pero valiente y estimado de todos... es preciso imitarle... Pobre Esteban! le he perdido y era mi único consuelo... pero al menos que cuando me muera pueda decir: son pobres, pero honrados como su padre!

Elisa. (*Ap.*) Dios mio!

Gertrudis. Hijo mio! (*Llorando.*)

José. Vamos, ya está usted llorando... eso no me gusta... nos quiere usted afligir? (*Con su pañuelo la enjuga las lágrimas.*) Ve usted!... ya ha hecho usted llorar á mi hermana.

Elisa. (*Vivamente.*) Quién, yo? no lo creas.

José. Ríase usted, abuelita... mamá Gertrudis, ríase usted, vamos, pronto, una risita y me voy contento.

Gertrudis. (*Riéndose.*) Vete, anda al taller; (*Le besa y se levanta.*) pero no vayas al canal.

José. Bueno, me voy derechito á la imprenta. (*Saltan-*

do la abraza y la besa.) Viva mi abuelita: hasta luego, Elisa; ya verás si tengo juicio. (*Vase trotando.*) Tarará, tarará, tarará, tarará, tarará.

ESCENA VIII.

ELISA. GERTRUDIS.

Elisa. Qué buen corazon!

Gertrudis. Pero por qué tendrá esa tema el señor Bizot? ese buen vecino que nos quiere tanto!

Elisa. Porque siempre...

Gertrudis. Vas á criticarle tú tambien, despues que te aprecia tanto? Ahora mismo me acaba de hablar de un asunto que te interesa.

Elisa. A mí?

Gertrudis. De un casamiento.

Elisa. Qué quiere usted decir?

Gertrudis. Que esta mañana el tendero de la esquina... ya sabes...

Elisa. El señor Durand?

Gertrudis. Pues... llamó al señor Bizot, que pasaba por allí... conoce usted á la jovencita Elisa Meunier? le dijo: sí señor, respondió el vecino. No es nada rica, eh? Bastante pobre, pero bien educada?—Perfectamente! como que ha estado tres años en el colegio de *San Dionisio*, como hija de un legionario; y además, continuó el buen Bizot, es un ángel, un tesoro para el que tenga la fortuna de casarse con ella.—Pues bien, respondió el señor Durand, ese tesoro quiero adquirirle yo.

Elisa. Cielos!

Gertrudis. Sé que tiene habilidad paro todo, que es mujer de su casa, que no sale nunca, que quiere mucho á su abuela, y esta es buena señal... yo soy viudo, sin hijos, y si me quiere, me caso con ella; su familia será la mia. — Qué es lo que tienes?

Elisa. Nada, abuela, nada.

Gertrudis. Al instante el señor Bizot ha venido á decírmelo, porque conoce que me habia de alegrar, y tú tambien, por supuesto... yo le he dicho que consentiríamos.

Elisa. Pues ha dicho usted muy mal.

Gertrudis. Cómo?

Elisa. Perdone usted... quiero decir que no ha dicho usted bien... porque... la verdad... yo no quiero casarme con el señor Durand de ningun modo.

Gertrudis. Qué es lo que dices, muchacha! un partido tan brillante! hija mia, sabes lo que hablas? tú nada tienes... es cien veces mas de lo que podias prometerte.

Elisa. Será así, pero yo no le quiero.

Gertrudis. Ya le querrás... al marido siempre se le quiere cuando es rico, y sobre todo hombre de bien... debes reflexionar que él puede hacer mucho por tu hermano, y que el casarse nunca es dañoso; yo no he de vivir siempre, y necesitas un apoyo... no llores, niña.

Elisa. (*Abrazando á Gertrudis.*) Ay, abuela! Yo nunca podré amarle.

Gertrudis. Nunca, hija mia, nunca! pues acaso amas á algun otro y me lo has ocultado? eh! dime?

Elisa. No me pregunte usted mas, abuela.

Gertrudis. Y por qué? Yo quiero saberlo; habla, y cuidado con mentir. Ocultar un secreto de esa naturaleza á su madre! vamos, esplícate.

Elisa. No puedo, no debo...

Gertrudis. Cómo! no te atreves á nombrar al que amas? bajas los ojos? Si por casualidad... sí, vamos, ya sé, el señor Amadeo...

Elisa. Yo no lo he dicho.

Gertrudis. Pero yo lo he adivinado... si ya estrañaba yo tanta visita... siempre en casa: un desconocido!—que no sabemos con certeza de qué vive.

Elisa. Esta misma mañana no decia usted eso.

Gertrudis. Ya... porque no habia caido en... pero el señor Bizot me ha hecho esa observacion... ya murmuran en el barrio... notan sus visitas, y es preciso que concluyan hoy mismo... ó que se esplique... vamos, sobre todo no te aflijas, hija mia.

Elisa. Pero no crea usted al señor Bizot... porque tiene tema á Pepito.

ESCENA IX.

DICHOS. EL SEÑOR BIZOT.

Bizot. Pepito? Pepito está preso.
Elisa. Cielos!
Gertrudis. Preso! y por qué?
Bizot. Toma!... porque como es un tunantuelo...
Elisa. Mi hermano!
Gertrudis. José!... Ah!... señor Bizot...
Bizot. (*Sosteniéndola.*) Vamos, vamos, sosiéguese usted... tal vez no será nada, yo lo espero así... y por último, ya lo habia pronosticado... con una conducta como la suya...
Elisa. Pero esplíquese usted. Dónde está?
Bizot. Toma! preso...
Gertrudis. Dónde?
Bizot. Los soldados que le han arrestado se lo llevaban...
Gertrudis. Eso solo me faltaba! Dios mio!
Elisa. (*Ap.*) Qué hombre! (*Alto.*) Pero diga usted, por qué?
Bizot. Sino es cosa grave, no hay que tener cuidado.
Gertrudis. Pero por qué le han arrestado? diga usted, diga usted.
Bizot. Por qué... yo no lo sé á punto fijo... ni debo tampoco...
Gertudis. Por Dios, señor Bizot.
Bizot. Una vez que se empeña usted diré lo que sé... yo volvia de casa del señor Durand, á quien ya he dado la contestacion que usted...
Gertrudis. Bien, ya hablaremos de eso.
Bizot. Cuando á lo último de la calle del Arrabal veo una porcion de gente siguiendo á dos jóvenes que llevaba la guardia. —Pero juzguen ustedes de mi sorpresa al reparar —digo sorpresa, eso no me sorprende, porque... en fin, vi que uno de ellos era su chico de usted.
Gertrudis. Dios mio!
Elisa. Usted lo ha visto?
Bizot. Lo mismo que la veo á usted... me llegué á una señora que estaba mirando, y la pregunté por qué llevaban á aquel muchacho.
Elisa. Y qué?

Bizot. Me dijo... que no lo sabia... entonces me dirigí á un longista que estaba á la puerta de su tienda, y me contestó... vamos, no quiero afligirlas á ustedes con...

Gertrudis. Acabe usted por todos los santos!

Bizot. Pues me contestó que se trataba de una pieza de tafetan que habia sido robada en el almacen de enfrente.

Gertrudis. Robada!

Elisa. Y mi hermano! eso es imposible.

Bizot. Así me lo han dicho.

Elisa. Ah! yo voy, y reclamaré... yo diré... un robo! mi hermano!... es mentira!...

Gertrudis. Mi nieto ladron! mi José! moriré de vergüenza... Dios mio!

ESCENA X.

DICHOS. JOSÉ.

José. Calla!... qué es esto?

Elisa. Aquí está.

Bizot. José!...

Gertrudis. Ve usted? ya le han soltado.

José. Por supuesto... vaya, no lloren ustedes por eso... vaya una tontería!...

Gertrudis. No es verdad, hijo mio, que tú no has robado nada á nadie?

José. (*Con la mayor sorpresa y sériamente resentido.*) Qué dice usted, mamá?... y ha podido usted creer!... un robo!... se han atrevido á decir... á sospechar que yo... (*Se echa á llorar.*) Eso sí que es una infamia!

Gertrudis. Vamos, cálmate.

José. (*Fuera de sí.*) Y quién es, quién ha sido el bribon...

Elisa. No te incomodes... es que el señor Bizot creyó...

Bizot. (*Dando un salto hácia atrás.*) Adios!

José. (*Quiere embestirle, y Gertrudis y Elisa le detienen.*) El señor Bizot! conque es él el que me ha acusado!... venir á decir á mi abuela que yo soy... que yo he robado... usted quiere que yo le mate; se ha empeñado usted en ello... déjenme ustedes...

Gertrudis. José, cuidado conmigo!...

Elisa. Hermano!

José. Váyase usted... váyase usted de aquí, porque de lo contrario no sé lo que haré!... y si no fuera por respeto á esas canas...

Bizot. Sí, ya se conoce...

Gertrudis. Pero al cabo ibas arrestado, y podia creer...

José. Arrestado... arrestado...

Elisa. Por alguna muchachada...

José. Ni aun eso; no tiene usted mas que preguntárselo al señor Amadeo.

Elisa. Cómo?

José. El lo ha visto, pasaba por allí. (*Ap. á ella.*) Si supieras lo que he descubierto!

Gertrudis. Y qué ha sido? vamos.

José. Verá usted, abuela. Salia de la imprenta de recoger las pruebas que espera hace tres dias el señor Kock, y veo una porcion de gente, municipales, agentes de policía; unos corrian, otros daban voces, los perros ladraban... creí que era una asonada, y como uno no sabe lo que puede suceder, traté de armarme de cualquier cosa.

Gertrudis. Siempre has de tener tú ideas...

José. No, no fué idea ninguna; fué una piedra lo que cogí... bueno es tener algo con que defenderse... en fin, de pronto vea usted que una peladilla rompe un farol... no era la mia... bajo palabra de honor... un guardia municipal que estaba delante de mí se vuelve, y se empeña en que soy yo el que la ha tirado.—Municipal, usted se equivoca, le digo yo; y me responde: — Tú has sido, tunante. — Municipal, está usted en un error. — Cállate el pico, insolente: mire usted con qué formalidad lo niega el galopin. — Municipal, yo llevo estas pruebas al señor Pablo Kock, y tengo prisa, conque...—Qué me importa á mí tu prisa ni el señor Kock... tú has roto el farol, yo te he visto. — Mire usted qué brutalidad, y estaba de espaldas á mí: como si un municipal tuviera ojos en el cogote. — Yo te he visto, seguia. Qué tal! todavía tienes una piedra en la mano. — Pues porque la tengo está claro que no la he tirado, le digo enfadado; y es usted un alcornoque, señor municipal, si no se convence de que yo nada tengo que ver con la pedrada. Al oir esto, levanta la mano para darme un puñetazo... yo que ob-

servo la accion, me agarro á él, le echo la zancadilla, y en dos tiempos, patapuf, le acuesto en el suelo á reposar de sus fatigas. Mientras que todos reían trato de escapar, pero me encuentro detrás tres sargentos de villa que me agarran del pescuezo.

Elisa. Dios mio!

José. Tres nada menos; y como yo no tengo mas que dos piernas, conocí qne no podía sentarlos en la misma banqueta... Amiga, tuve que entregarme, y me llevaron con el otro... uno grandullon, que habia robado no sé qué...

Bizot. Eso es.

José. Qué dice usted?

Gertrudis. Y por último?

José. (*Con intencion, mirando á Elisa.*) Por último... se apareció allí un caballero... un caballerito, jóven, condecorado. No sé lo que le dijo al Comisario...

Elisa. Un jóven!

José. El Comisario... era aquel gordo que le falta un ojo y del otro es vizco... válgame Dios qué feo es!... pero muy buen sugeto, eso sí...

Elisa. Conque el Comisario?...

José. Toma, vió que no era yo el culpado, y me dió suelta al instante.

Gertrudis. Y no ha sido mas que eso?

José. Nada mas, abuelita. Ah! y que me han roto la blusa.

Gertrudis. Te la han roto? pues ya van hoy dos.

José. Eh! esto no importa... no se nota... cae por delante.

Elisa. Todos los males sean como ese.

Bizot. Conque entonces, ha sido el otro...

José. Qué, qué dice usted?

Gertrudis. Calle!... dar lugar á que le pongan preso!... un susto semejante no se lo perdonaré á usted.

José. Si no ha sido nada.

Gertrudis. Venga usted, señor Bizot: tengo muchas cosas que decirle, pero adentro.

Bizot. Sí, es lo mejor.

José. Pero, abuela...

Gertrudis. Déjeme usted.

José. (*Que va de puntillas detrás de Bizot; de pronto*

imita á un perro que muerde, al mismo tiempo que le ataraza con los dedos en una pierna.) Huaarr.

Bizot. Ay!

Gertrudis. (*Volviendo.*) Qué es eso? (*Le dá unos manotones en el hombro sumamente flojos y de prisa.*) Que siempre has de estudiar con el enemigo! (*Se va con Bizot.*)

ESCENA XI.

JOSÉ. ELISA.

José. El diantre del vejete!... á no ser por él, no se hubiera sabido nada.

Elisa. Por fin estamos solos: me dirás ahora qué significan aquellas miradas misteriosas que me has dirigido cuando referias...

José. Ah!... sí: el señor Amadeo.

Elisa. Chist... Qué?

José. No he querido decirlo delante de la abuela, por que como tú me has encargado...

Elisa. Bien, y qué?

José. Que Amadeo es un espía de la policía.

Elisa. Cómo?

José. Yo al menos lo creo así.

Elisa. No, no digas semejante cosa... él?

José. Vaya, pues no te asusta poco una palabra!... por que él venga aquí... qué nos importa.

Elisa. Pero en qué te fundas? Quién te ha dicho?...

José. Cuando me llevaron á casa del Comisario, ese que le falta un ojo y parte del otro... un caballero se deslizó poco á poco hácia él como si quisiera que yo no le viese...

Elisa. Y era él?

José. Cabalito: vestido de negro y con una cinta en el ojal.

Elisa. No puedo creerlo... Amadeo!...

José. Que no?

Elisa. Tú estás loco... te equivocas.

José. Oh! En cuanto á que era él, estoy bien seguro... y has de saber que ya tenia yo sospechas de que fuese un embrollon, porque siempre me está prometien-

do billetes para el teatro donde pinta, segun dice, y los tales billetes nunca llegan... vaya, el señor Amadeo; un pintor de brocha gorda, tener tílburi y una condecoracion... Bah! que se lo cuente á su tia... la misma traza tiene él de pintor que yo de arzobispo.

Elisa. (*Ap.*) Dios mio!

José. (*Sentándose en el sillon de su abuela.*) Es menester no decir nada á la abuela... Caramba!... si supiese que habia recibido en su casa un... ella que es tan delicada... era capaz de darla un sofoco...

Elisa. Tienes razon... yo seré quien la hable de eso.

José. Bueno... si á tí te parece... lo que es á él yo le haré tomar el portante.

Elisa. No, no... Aquí está... Déjanos.

ESCENA XII.

DICHOS. AMADEO.

Amadeo. Por fin estoy libre, Elisa... Ah! José por aquí?

José. Sí señor, por aquí. (*Bajo á Elisa.*) Ves, ya no lleva la cinta.

Elisa. (*Bajo á José.*) Vete.

Amadeo. Cómo no estás en la imprenta, te has despedido acaso?

José. No señor... al contrario, le doy á usted muchas gracias por el servicio que...

Amadeo. Eh? no sé lo que quieres decir.

José. Pues qué, no estaba usted hace poco...

Amadeo. Ocupado con una decoracion...

José. (*Pasando á su lado.*) Decoracion ó condecoracion... habla usted de una encarnada?... Por qué no nos la enseña usted?

Amadeo. (*Ap.*) Me ha visto!

Elisa. Vete, José: qué dirá tu patron? tanto tiempo...

José. Es verdad: voy... (*Bajo.*) Sabes qué digo? que tiene trazas de farsante. (*Alto.*) Acá no cuela, señor Amadeo. (*Se va.*)

ESCENA XIII.

ELISA. AMADEO.

Amadeo. Elisa, que inquietud es esa? esas miradas... Qué tiene usted?

Elisa. No lo adivina usted? Ah! señor Amadeo, si me hubiera usted engañado sería una infamia.

Amadeo. Qué ideas, Elisa! es posible! dejemos eso... por favor.

Elisa. No; es preciso que usted se esplique... usted no es un pobre artista, como dice...

Amadeo. Sí tal.

Elisa. No es verdad... usted me ha engañado... usted quiere engañarme todavía... ese tílburi en que le ha visto á usted mi hermano, anuncia una fortuna que trata usted de ocultarme.

Amadeo. José me ha visto? Dónde?

Elisa. Y la cruz que llevaba usted hace poco? y el crédito de que se ha servido usted para ponerle en libertad?

Amadeo. (*Embarazado.*) Puesto que usted lo sabe, ya no lo negaré. Su hermano de usted ha sido arrestado por una falta ligera... por nada... yo pasaba al mismo tiempo, y en cuanto he referido el hecho, le han puesto en libertad sin reparo; ni aun he tenido que manifestar mi nombre.

Elisa. Y ese nombre...—Confiesa que me has engañado... dilo... yo te lo perdonaré... pero dímelo.

Amadeo. Pues bien, sí, ya no hay medio de ocultártelo... sábelo... sí, te he engañado...

Elisa. Dios!

Amadeo. Porque te amaba, y queria ser amado de tí; porque todo lo que hubiera podido seducir á otra, á Elisa la hubiera hecho huir de mi lado; he hecho el papel de un artista sin crédito y sin familia; he trocado mi habitacion por una boardilla.

Elisa. Cómo?... Pues quién es usted?

Amadeo. Tu amigo, tu amante... Yo te adoro... bien lo sabes... solo á tí es á quien amo, y quisiera enjugar tus lágrimas á costa de mi existencia.

Elisa. Pues bien, entonces vamos á buscar á mi abue-

la, dígala usted que me ama, ya sabe que yo le amo á usted, pídala usted mi mano. Cumpla sus promesas... todas las que me ha hecho... amarme eternamente... casarse conmigo... venga usted.

Amadeo. Elisa, cálmese usted y escúcheme.

Elisa. Se niega usted á ello! solo queria usted seducirme, perderme...

Amadeo. Yo tampoco soy libre... tengo un padre cuya severidad...

Elisa. Tiene usted familia? y me decia...

Amadeo. Perdon.

Elisa. Ah! desgraciada! (*Cae sobre una silla y llora.*)

Amadeo. Sí, una familia que puede exigir para mí una suerte mas brillante... pero con el tiempo... (*Movimiento de Elisa.*) Nada temas, tu confianza debe consistir en mi amor, y jamás ha sido mas tierno que ahora; para qué necesitas nuevos juramentos, lazos mas sagrados que los que ya nos unen?... No puedes amarme tal como me conoces... como soy, en secreto, eternamente?... Déjame asegurarte una suerte digna de tí... dividir contigo mi fortuna...

Elisa. (*Levantándose con violencia.*) Ah! señor.

Amadeo. Perdóname... no rechaces mis votos, eres mi esposa...

ESCENA XIV.

DICHOS. BIZOT. *Despues* JOSÉ.

Bizot. (*Al paño.*) Sí, yo me encargo de ello... yo... (*Se detiene viendo á Amadeo.*)

Amadeo. (*Cambiando de tono.*) Entonces, cuando la señora Gertrudis tenga la bondad.

Elisa. (*Bajo.*) Y he de ocultar hasta mis lágrimas!

Bizot. Es él; tanto mejor: señor Amadeo, me alegro mucho de hallarle á usted.

Amadeo. Sí, venia á saber á qué hora volveré mañana para continuar el retrato de la señora Gertrudis.

Bizot. Bien, pero me ha encargado ella misma que le hable á usted de otra cosa.

Amadeo. A mí? (*Ap.*) Que me querrán?

Elisa. Entonces yo voy á...

Bizot. No, quédese usted: si el señor me permite que le acompañe hasta el baluarte...

Amadeo. Con mucho gusto. (*Ap.*) El diablo te lleve...

Bizot. (*Bajo á Elisa.*) Niña, niña, usted no sabe lo que se hace... desechar un partido tan brillante... el señor Durand.

Amadeo. (*A Bizot.*) Cuando usted guste...

Bizot. Vamos allá. (*Echa á andar.*)

Amadeo. (*Aproximándose á Elisa.*) Pronto vuelvo. (*En el momento en que Bizot está próximo á la puerta se vuelve para ver si le sigue Amadeo; al mismo tiempo José abre bruscamente, derriba á Bizot de bruces, y salta por encima de él.*)

José (*Deprisa y gritando.*) Sabes que ya sé quién...

Bizot. Ay! ay! ay! ay!

José. Si le tengo á usted dicho que le he de romper alguna cosa.

Bizot. (*Levantándose.*) Ay! ay! ay! vámonos, señor Amadeo: á poco mas me estrella ese demonio. (*A Elisa.*) Dígale usted á su abuela que en saliendo de hoy, si quiere consejos, que venga á mi casa. (*A Amadeo.*) Ande usted, vamos. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

JOSÉ. ELISA.

Elisa. (*Ap.*) Qué irá á decirle?

José. Pues señor, ya sé quién es.

Elisa. Quién?

José. El señor Amadeo.

Elisa. Ah! sabes...

José. Todo, su nombre, el de su padre, el número de su casa... Me he equivocado de medio á medio; es cosa muy distinta de lo que yo pensaba.

Elisa. Y por quién lo has sabido?

José. Toma!... de algo ha de servir el ser pillastron... Llevaba yo las susodichas pruebas... y cuidado que las tales pruebas tienen desgracia; está de Dios que no lleguen á manos del autor!

Elisa. Habla...

José. A la vuelta del baluarte, en la calle baja, veo un

tílburi con un hermoso caballo; reparo en él, y era el del otro dia... á mí me gustan mucho los caballos; y luego estaba á su lado el gordifloncillo que te dije, con sus mofletes alemanes y su risita de pascua; al instante le conocí, parecia que estaba esperando á su amo; me propuse hacerle hablar, y en efecto principié la conversacion por el caballo, y al instante soltó el nombre de su dueño y todo lo que queria... He sabido que el señor Amadeo es muy rico, hijo de un antiguo general acribillado de heridas y condecoraciones, con mucha gloria y muchos dolores reumáticos; en fin, un Par de Francia, querida.

Elisa. Un Par de Francia!

José. Tiene una tia que le mima mucho... una loca... es muy gastador... metido hasta el cogote en toda clase de estropicios; el juego, las comilonas... de muchachas no hablemos... ahora por medio de una farsa, está hilvanando un casamiento.

Elisa. Qué dices?

José. (*Riendo.*) Toma, lo que me ha dicho el gordillo; el señor Amadeo está enamorado de una jovencita, á quien está engañando, como ha hecho con otras; se disfraza y... (*Elisa está próxima á desmayarse.*) Calla! Qué tienes? te pones mala?

Elisa. Ah!... Yo me ahogo... no veo... hermano mio!

José. Qué es eso?

Elisa. (*Anegada en lágrimas.*) Deshonrada! Perdida!

José. Qué dices?

Elisa. (*Arrojándose á su cuello.*) Yo... yo... vámonos... llévame... que nadie lo sepa... que no vean... (*Recobrándose.*) José! Ah! Desgraciada, lo he dicho!

José. (*Pálido é inmóvil.*) Tú, perdida!... hermana mia!... Ah! si... yo hubiera debido... pero cómo pensar?...

Elisa. Me ha engañado... me habia prometido...

José. (*Tapándola la boca.*) Chist, calla, calla, que la abuela no lo sepa, se moriría de pesar.

Elisa. No, yo seré la que...

José. Aquí está.

ESCENA XVI.

DICHOS. GERTRUDIS. BIZOT.

(*Gertrudis sale de la izquierda y se dirige al foro.*)

Gertrudis. Suba usted, señor Bizot, le estaba aguardando á usted en la ventana.

José. (*Esforzándose á aparentar alegría.*) Ah!... ah!... el señor Bizot. (*Bajo á Elisa.*) Ríete; haz por reir; no solloces de ese modo... no ves yo... como... nada... (*Llora.*)

Bizot. Aquí me tiene usted.

Gertrudis. Y qué?

Bizot. Ya no volverá.

Elisa. (*Vivamente.*) Quién?

José. (*Apretándola la mano.*) Calla...

Gertrudis. Lo ves?... porque le han dicho que se esplicase.

Bizot. Ya me lo pensaba yo.

José. Conque, abuela, usted dice?...

Gertrudis. Lo que digo es que si usted hubiera de ser el que velase por el honor de la familia, como lo prometió usted á su padre cuando le mandó que cuidase de Elisa...

Bizot. Valiente sugeto!

José. (*Enterneciéndose poco á poco.*) Es verdad, abuela, bien me acuerdo de mi padre cuando estaba espirando! usted nos llevó á los dos á su lado, junto á su cama; él nos miraba llorando, y nosotros llorábamos tambien, y usted, abuela. Ahora me parece que le estoy viendo y que oigo sus últimas palabras: «José, quieres mucho á tu hermana, bien lo sé, y cuando seas un hombre la cuidarás, hijo mio, la defenderás... No te dejo mas herencia que el apellido de un militar y su honor, que será el tuyo: cuida por Dios de que se conserven puros...» Nos abrazó, y murió bendiciéndonos... Padre mio!... Yo no he hecho hasta ahora mas que... Elisa, pobre hermana mia, tú no me perdonarás, y harás bien.

Elisa. (*Apretándole la mano.*) A tí! Dios mio!

Gertrudis. (*Enjugándose las lágrimas.*) Eh!... vamos!... bien... ahora nos vas á hacer llorar...

Bizot. (*Lo mismo.*) Pues; hace lo que quiere de nosotros...

Gertrudis. No te aflijas, vamos, ya se ha ido el señor Amadeo: tú le olvidarás: he tomado esta determinacion por el honor de la familia.

Elisa. (*Ap.*) Ah!

Gertrudis. Como en casa no hay un hombre... José es un niño...

José. Yo, abuela? lo veremos.

Elisa. Yo muero!

Gertrudis. Hija mia!

Bizot. Se pone mala.

José. Socórranla ustedes: Elisa, hermana!—Yo soy un niño y hace falta un hombre... Pues bien, yo lo seré. (*Sale por el foro, de prisa. Elisa queda entre su abuela y Bizot.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro figura un salon de la casa del General Morin, con puerta en el foro y dos laterales: á la izquierda un camapé, á la derecha una mesa.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon entra por el foro el General y la Baronesa.

LA BARONESA. EL GENERAL.

General. Yo le digo á usted que no.
Baronesa. Yo le digo á usted que sí.
General. Es usted una loca.
Baronesa. Y usted un terco.
General. (*Sentándose en el camapé.*) Porque digo la verdad.
Baronesa. (*Sentándose junto á la mesa.*) No, sino porque tiene usted un placer en contradecirme, le sirve á usted de diversion.
General. No tengo otra; esa y la gota son las únicas que me quedan.
Baronesa. Una de las dos está de mas.
General. Pues cargue usted con la gota, se la cedo con toda mi alma.
Baronesa. Gracias, señor cuñado; pero aunque usted diga lo que quiera, voy á escribir á mi médico para que venga á verle.
General. Acudir al médico para un costipado... vamos, si no tiene sentido comun.
Baronesa. Puede agravarse.

General. Déjeme usted en paz y escriba lo que quiera... siempre está usted buscando desazones: en vida de mi hermano era lo mismo, jamás tuvo el pobre un momento de reposo.

Baronesa. Porque era tan amable como usted.

General. Me acuerdo de que cuando hecha la paz nos restituimos cada uno á su familia, en mi viudez echaba yo de menos la guerra y envidiaba á mi hermano, que mas afortunado que yo, la tenia continuamente en su casa.

Baronesa. Hii. Siempre tan amable!

Hilario. (*Que entra.*) Mi General.

General. Qué, vamos.

Hilario. Quisiera saber si almorzaria usted en casa.

General. Mire usted!... Puedo acaso salir? voy á alguna parte hace quince dias? No ves que me ha clavado aquí la gota sin dejarme mover ni aun de la habitacion?

Hilario. Está usted de mal humor?

General. No, que estaré bailando si te parece.

Hilario. Y qué tomará usted?

General. Dale... chocolate; qué tomé ayer? qué tomo hace mes y medio?... de todo me privo, y luego hablan de los progresos de la medicina! está adelantada! bello descubrimiento es la tal homeopatía!... desde que me he entregado á ella no puedo pegar los ojos... A propósito, qué diablos de ruido era el que sentí ayer al anochecer, justamente cuando estaba metiéndome en la cama?

Baronesa. Ah! sí, cómo me rompieron la cabeza! qué era?

Hilario. Señora, maldito si sé qué decir; no pudimos penetrar el motivo: un muchacho crecidillo, que tiene trazas de aprendiz de que sé yo... llevaba una blusa... se empeñó en entrar aquí á todo trance: estaba al parecer muy agitado y decia que queria ver al señor General.

General. A mí?

Hilario. Le dijimos que estaba usted descansando; pero no hizo caso y se empeñó en pasar á viva fuerza. Es un diablillo, se agarró á brazo partido con el portero y le hizo romper dos cristales con la cabeza, y á no

dar la casualidad de que pasaba una patrulla que le hizo echar á correr, no sé en lo que hubiera parado la fiesta.

General. (*Sonriéndose.*) Con que ha roto dos cristales?

Baronesa. Es preciso llamar al comisario de policía y averiguar...

General. No, es preciso llamar al vidriero.

ESCENA II.

DICHOS. AMADEO.

Amadeo. Buenos dias, padre: cómo ha pasado usted la noche?

General. Malditamente. Y tú te has acostado?

Amadeo. Padre...

Baronesa. Amadeo, no hay un abrazo para mí?

Amadeo. Mi tia aquí... (*Ap.*) Ya no puedo... (*La abraza.*)

Baronesa. Estrañarás el verme levantada tan temprano, eh? como Octavio está así, he querido enviar á buscar al médico... vendrás á mi habitacion luego, porque tengo que hablarte de un asunto... ya sabes...

Amadeo. Tia!...

General. Ya, del proyecto... no piensa usted mas que en eso: yo encuentro dificil ese enlace.

Baronesa. Por qué?

General. Esa familia tiene un orgullo mas antiguo que su nobleza, y yo soy poco sufrido para...

Baronesa. Usted no tiene que mezclarse en nada; yo respondo del asunto.

General. Sí, sí.

Baronesa. Amadeo, voy á mi gabinete á escribir al médico, y allí te aguardo. —Hum! no he visto hombre mas gruñon. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA III.

AMADEO. EL GENERAL, *sentado en el camapé.* HILARIO.

General. Anda con cincuenta mil de á caballo.

Hilario. Señorito, va usted á almorzar ahora?

Amadeo. No, á no ser que mi padre quiera que le acompañe.

General. No exijo semejante cosa. (*A Hilario.*) El chocolate. — No quiero fastidiarte. Tú preferirás el desayunarte con tus amigos para hablar de caballos, de mujeres... no tiene nada de estraño, es propio de tu edad, y no me quejaria de ello, sino fuese porque no haces otra cosa.

Amadeo. Tambien tengo mis ocupaciones; aquellas que exige mi posicion y mi fortuna.

General. Sí, te ocupas en no hacer nada; crees que tu fortuna te dispensa de servir de algo. Ocupaciones! la ópera, los bailes, los paseos, á eso están reducidas las tuyas. (*Amadeo se sienta junto á su padre.*) Tienes un importante destino, paseante! Mientras lo desempeñes como hasta aquí, no haya miedo que te ataque la gota.

Amadeo. Esa es la única cosa que no le envidio á usted, padre.

General. Haces muy bien, hijo, y no te deseo tampoco las demás. Hay momentos en que daria todo lo que he ganado por la cuarta parte del buen humor que he perdido. Lloro á Napoleon y le echo de menos todos los dias: si él no hubiera faltado hubiera acabado mi carrera en el campo de batalla, y no moriria en detalle sobre un camapé... pero dejemos esto, porque sufro demasiado; me están llevando todos los diablos y voy á echar por esta boca lo que no es creible... Qué quieres, nosotros las momias del Imperio, como vosotros decís, vivimos con lo pasado, y con tristes recuerdos echamos de menos nuestras antiguas glorias, lo que no te sucederá á tí, no tengas cuidado.

Amadeo. Usted es demasiado severo, padre.

General. Eh! son chocheces, si no de mi edad, de mi envejecida gota. — Conque decididamente te casas?

Amadeo. Mi tia se empeña en ello.

General. Tu tia es una caprichosa insoportable; pero es menester respetarla, porque te quiere, eso sí, y esa boda es una prueba de ello... escelente partido! nobleza! títulos!

Amadeo. (*Observándole.*) Eso es lo que menos le llamará á usted la atencion quizás.

General. No tal; yo tengo tanto orgullo como otro cualquiera; mas tal vez que esos antiguos nobles, y quiero ligarme á una familia que merezca la pena.

Amadeo. Pero todavía soy jóven, padre; y además, una vez que llega la ocasion, le diré á usted que he reflexionado...

General. Tú reflexionar! pues es estraño.

Amadeo. No creo que seré feliz casándome.

General. Porque la menor obligacion le agobia á usted, porque mira usted el matrimonio como una ocupacion; pero ese enlace me agrada, entiende usted? y comó pueda verificarse lo apoyaré.—Yo no me mezclo en ello, porque no quiero nada con esa rancia nobleza... eso os toca á vosotros, á tí y á tu tia.

Amadeo. Puesto que usted lo exige...

General. Lo que yo exijo es que te fijes de algun modo antes que yo falte: uniéndote á esa gran familia tal vez cambiarás de modo de vivir, tendrás otros conocimientos, otras relaciones—ya sé que ahora no todas son buenas.

Amadeo. Qué quiere usted decir?

General. Nada... serán bachillerías. — La otra noche en la tertulia del Mariscal estaba fastidiándome el ecarté, cuando oí pronunciar tu nombre cerca de mí. Creo que eran amigos íntimos tuyos, de la nobleza dorada. Amadeo, decia uno de ellos que acababa de perder los alimentos de un año en dos ó tres pases, Amadeo es un buen muchacho; pero de algun tiempo á esta parte nos abandona, no juega, no baila, dá en hacerse el sentimental; sin duda alguna dama de alto copete le hará andar en un pié. Nada de eso, replicó otro, es una mozuela la que le trae tan absorbido.

Amadeo. Y quién fué el insolente?... Supongo que usted no creeria...

General. Pch... me reí como ellos...—Aunque la verdad, mas me gustaba cuando por las noches te oía tocar alguna sinfonía para dormirme; ó cuando me dibujabas aquellos cuadritos de batallas y asaltos... pero no está prohibido el tener 23 años. (*Tomándole afectuosamente la mano.*) Tú eres un buen muchacho, juicioso, incapaz de pervertirte: (*Incomodado.*) porque... si tal creyera, infeliz de tí! (*Calmándose.*) Pero

ya sé que no, y por esta parte estoy tranquilo. — Es preciso despedirse de una vez de todos esos amorcillos de lance: además, yo necesito una nuera, unos nietecillos para regañar un poco y tener quien me acaricie al lado, sobre mis rodillas; porque ya no puedo correr tras los placeres, necesito que me rodeen.

Amadeo. (*Conmovido.*) Ah, padre mio!

General. (*Conduciéndole hasta la puerta de la habitacion de la Baronesa.*) Vamos, vamos, bien, vé á buscar á la Baronesa: ella acabará de decirte. Terminad cuanto antes ese asunto; yo voy á tomar el chocolate. (*Se dirige á la otra puerta.*)

Hilario. (*Se presenta en el foro.*) Quiere usted que se lo traiga?

General. Despáchate, lo espero.

ESCENA IV.

AMADEO.

Amadeo. Sí, voy á ver á mi tia: no puedo permanecer mas en esta violenta posicion. Valor, no quiero reflexionar: cuando una gran pesadumbre ó un remordimiento atormenta el corazon, es preciso una resolucion decisiva. Pobre Elisa! (*A Hilario, que saca el chocolate.*) Está en su cuarto la Baronesa?

Hilario. Sí señor. (*Amadeo se va: Hilario se dirige á la habitacion del General, y se oye ruido fuera.*) Qué ruido es este?

ESCENA V.

HILARIO. *Despues dos criados, en seguida* JOSÉ, *y por último* EL GENERAL.

(*José con sobretodo y casquete elegantes.*)

Criado 1.° Señor Hilario, es el alborotador de ayer.

Hilario. (*Dejando el chocolate en la mesa.*) Echadle fuera.

Criado 2.° (*Deteniendo á José.*) Le digo á usted que no entrará.

Criado 1.° Pues no faltaba mas! (*Va á él.*)

José. (*Pugnando por entrar.*) Yo digo que entraré... á un lado lacayones, lameplatos, fuera paletos.

Hilario. Detenedle.

José. Detenerme á mí? Quítense ustedes de en medio. (*Entra.*)

Hilario. (*Yendo á él.*) A ver! salga usted al instante.

José. Ah! pobre viejo! poco sugeto eres tú para hacerme salir. (*Hilario quiere agarrarle, y él le echa la zancadilla y le deja caer sentado.*) Hola!... Toma... lacayo, has descendido, ó por mejor decir, te has acomodado.

Los dos Criados. (*Riendo á carcajadas.*) Ah! ah! ah!

Hilario. (*Sentado y estupefacto.*) Bueno! bueno!

Criado 1.º (*Queriendo coger á José.*) Y se ha de salir con la suya este tunantuelo!

José. Alto ahí, ó tomas asiento tambien.

General. (*Apareciendo en la puerta.*) Qué infierno es este? qué hay aquí?

Hilario. (*Levantándose.*) Mi General, es el atrevido de ayer.

José. (*Se quita vivamente la gorra.*) Señor General... yo...

General. Calla! conque eres tú el que me alborotó ayer la casa, y vuelves á hacer lo mismo hoy?

José. (*Balbuciente.*) Perdone usted, señor General... porque... cuando se va á pedir justicia... no debe uno dejar que le dén con la puerta en los hocicos.

Hilario. Se le ha dicho...

General. (*A los Criados.*) Silencio. (*A José.*) Justicia! de qué? á quién?

José. Es al señor Amadeo Morin á quien yo...

Hilario. Pero eso no es lo que...

José. (*Con el mismo tono del General.*) Silencio! el General lo ha mandado. (*Al General.*) Es á su hijo de usted.

General. Y mi hijo, qué... (*A los Criados.*) Salid.

Hilario. El chocolate...

General. Bien... lo voy á tomar.

José. (*Ap.*) No sé lo que me sucede! Yo no esperaba...

ESCENA VI.

EL GENERAL. JOSÉ.

General. (*Observando á José.*) Vamos, qué es lo que quieres á mi hijo? habla.

José. (*Manoseando la gorra.*) No es á usted á quien yo buscaba, era al señor Amadeo.

General. Qué diablos! yo soy su padre!

José. No digo lo contrario, mi General; pero... lo siento mucho.

General. Qué es lo que quieres decir? esplícate.

José. Ya, sí... pero, mi General... no sé cómo... Dios mio! Yo creí que podria... y no me atrevo... Quisiera ver á Amadeo, al señor Amadeo.

General. Ya me incomodas.—Vamos, tranquilízate.

José. Usted es muy amable; eso sí.

General. Eh? acércate.

José. (*Ap.*) Parece un buen hombre.

General. Si no hablas, vete.

José. Bueno, pues voy á contarle á usted, á decirle lo que...

General. Enhorabuena, acércate y despacha. (*Se sienta y toma el chocolate.*)

José. Verá usted lo que es, mi General. Yo vivo en... mi casa, con mi abuela, que es una buena mujer, y mi hermana, que tambien... somos honrados... en cuanto á mí, soy... era ayer un muchacho, pero hoy...

General. Sí, ayer me rompistes los cristales, y hoy vienes rompiéndome la cabeza con majaderías.

José. En cuanto á los cristales, es cosa del vidriero.

General. Pero vamos á ver, qué es lo que tienes que hacer con mi hijo? te debe algun dinero?

José. Ah! si no fuera mas que eso!... su hijo de usted... qué picardía! venirse á vivir al lado de casa como un pobre artista sin trabajo... con un vestido raido... un aire de hombre de bien... (*El General deja el chocolate.*) Y luego entre vecinos... ya se ve, uno saluda, habla al encontrarse en la escalera: buenos dias, buenas noches, y así poco á poco se hace conocimiento...

Vivia en el cuarto de al lado, y dijo que retrataria á la abuela... pobrecilla! cómo habia de pensar!... ni yo... al contrario, le queria como si fuera un hermano... me tuteaba, y yo á él algunas veces. (*El General se vuelve y le escucha con el mayor interés.*) Ya se ve, mi hermana, que es tan buena... tan inocente... Ah! su hijo de usted... su hijo de usted es un falso amigo... es un... no puedo mas. (*El llanto le ahoga.*)

General. (*Levantándose.*) Vamos, siéntate y continúa, no tengas cuidado, hijo mio. (*Para sí.*) Es muy sentido este muchacho.

José. Es que me estoy ahogando, y me moriré, y mi abuela tambien. Ah!... General...

General. Continúa, hijo mio! Tiemblo de adivinar...

José. (*Con energía.*) Su hijo de usted es un traidor, un vil! (*Movimiento del General.*) Sí señor, un vil, que nos ha engañado á todos. Ayer, cuando por tener ya algunas sospechas, le dijeron: «Habla, pide mi mano, sosten la palabra que me has dado,» respondió: «no puedo:» se fué, y mi pobre hermana se arrojó en mis brazos llorando y diciéndome: «estoy deshonrada! perdida!» Qué tal, General?

General. (*Mirándole y cruzándose de brazos.*) Sí, ya me esperaba yo eso... deshonrada! perdida!... Y qué quieres que yo haga?

José. Pero qué, no me ha entendido usted? Está deshonrada!...

General. (*Paseándose.*) Muy bien! Ese es el fruto de la ociosidad, de la pereza! seducir á una pobre muchacha, entregarse al libertinage por pasatiempo... Oh! que se me ponga delante, que yo le diré...- Inmediatamente saldrá de París, yo le trataré como merece!

José. Y qué será de mi hermana?

General. Tu hermana, tu hermana... Ya veo que es desgraciada, hijo mio, y conozco lo que tú debes sentirlo; pero... al cabo... por qué se ha dejado seducir?

José. Por qué? Ah! me habia usted parecido hombre de bien y le queria, pero ya no le quiero á usted. Por qué se ha dejado seducir? porque su hijo de usted ha mentido como un infame; porque no ha dicho: soy Amadeo Morin, hijo de un General, de un Par de Francia, de un conde y... qué sé yo qué mas; porque

no ha dicho soy noble, rico, poderoso... entonces ella hubiera visto la distancia y no se habria fiado de él; pero un artesano, un artista que dice que se ha enamorado y que quiere casarse, que parece un infeliz... no digo mi hermana, todos le queriamos; y si ella ha cometido una falta, un ángel la hubiera cometido tambien. Impostor! ocultar su nombre, su clase y hasta la cruz de honor que llevaba en el pecho... Oh! ha hecho bien, porque debajo de ella no tiene un corazon honrado.

General. (*Vivamente.*) Miserable! — Pero tiene razon: disfrazarse para cometer una traicion, una vileza!

José. Y su padre, un valiente General del Emperador, pregunta qué ha de hacer?

General. Pues no? Si quieres decírmelo me harás un gran favor.

José. No hay duda que es muy dificil!

General. Yo quisiera verte en mi lugar.

José. Tambien yo quisiera estarlo.

General. Y qué es lo que harias?

José. Si usted no lo adivina, es inútil que yo... Pero sí señor, lo diré: si yo fuese el General Morin, llamaria á mi hijo y le diria: señor conde, usted es un miserable, un bribon, que ha engañado á unas gentes honradas, á una pobre jóven, fingiendo ser artesano! pues bien, caballero, desde hoy trabajará usted para vivir.

General. Y qué?

José. Y se casará usted con la pobre muchacha á quien ha seducido tan bajamente.

General. (*Sonriendo.*) Pues no llevas tú poco al estremo la...

José. Yo no le pido á usted sus riquezas, para nada las necesitamos; poco me importa que á mi hermana no la llamen condesa ni mujer de un gran señor; lo que quiero es que la llamen mujer honrada.

General. Bien, bien; pero eso de casarse... (*Ap.*) Lo que me gusta en este atreviduelo es que deja ver un alma desinteresada...

José. Y por qué no se ha de casar?

General. (*Con bondad.*) Oh! hijo mio, no pueden estar á tu alcance las razones que lo hacen imposible.

José. Imposible?... entonces, dónde está su hijo de us-

ted, porque es á él a quien yo buscaba... Imposible! Usted no es hombre de bien.

General. Eh! vete á paseo! quieres apurarme la paciencia? No hay medio de entenderse con este trastuelo. (*Se sienta.*)

José. (*Con furor progresivo.*) Imposible? veremos si él me lo dice... entonces... tendrá que matarme ó yo lo mataré á él... no sé cómo, pero no importa: hay espadas, pistolas... no sé manejarlas, pero entre hombres debe de haber medios para matarse... sí, los hay, no es cierto, señor General, que los hay? diga usted, no es cierto?

General. Vamos, tú estás loco... mire usted á quién se lo pregunta!

ESCENA VII.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. Aquí esperaré á Amadeo.

José. Amadeo! (*Se lanza hácia la puerta; el General le detiene.*)

General. Eh!... quieto.

Baronesa. Qué es eso? qué tiene ese jóven? Vamos, y ahora? Decia usted que no sería nada; la niñera me lo ha confesado todo: sabe usted lo que le pasó ayer á Octavio? que jugando á la orilla del canal se cayó al agua.

José. Eh?

Barnesa. Y si no hubiera sido por no sé qué muchacho... un aprendiz de impresor, segun me han dicho, que estaba allí... (*Movimiento de José.*)

General. Con eso aprenderá usted á no fiar su hijo á cualquier mozuela... Pero ha llegado usted muy á propósito, una vez que quiere usted tanto á su sobrino, para oir sus elogios.

José. (*Ap.*) Ah! es la tía.

Baronesa. Mejor, justamente tengo que darle á usted una buena noticia para él.

General. No quiero oirla: sabe usted lo que ha hecho su discípulo, su educando, porque usted es la que le ha educado, señora Baronesa, la que le ha mimado, y á usted es á quien yo debiera pedir cuenta de sus esce-

sos... sepa usted que usando de disfraces y superscherías, ha engañado bajamente á una pobre muchacha: pregúntele usted á ese jóven.

Baronesa. Amadeo? de veras?... una seduccion! Ah! algun amorcillo... y me lo ocultaba el picaruelo! ah! ah! ah!... (*Riendo con frivolidad.*)

José. De qué se ríe?

General. Hágame usted el favor de callar; no repara usted que la oye ese muchacho?

Baronesa. Pero qué es lo que quiere?

General. Pide una reparacion: nada menos que un casamiento.

Baronesa. Un casamiento! Amadeo! su hijo de usted con... vamos, que tambien yo soy bien simple en atender á semejante vaciedad. (*Ríe.*) Ah! ah! ah! un casamiento!

General. (*Apretándola la mano.*) Calle usted le digo... ese es el hermano de la...

José. Es de mí de quien usted se ríe, señora? es de mi hermana de quien usted se burla?

Baronesa. Pero qué es lo que tiene este chico?

José. Ha de saber usted que á mí me importan muy poco esos humos de grandeza.

Baronesa. Insolente!

José. Cómo insolente!

General. Vaya, vaya. (*A la Baronesa.*) No haga usted caso.

Baronesa. Cómo no le planta usted en la calle?

José. No estoy en su casa de usted, sino en la del General, que es un hombre de bien; mientras que usted y su sobrino, y su sobrino y usted...

General. Calla tú tambien. Hola!

Baronesa. (*Esforzándose á sonreir.*) Y usted escucha eso y lo tolera?

José. Le parece á usted cosa de juego, no es verdad, señora? Ya se ve, un jóven elegante, hijo de una gran casa, debe divertirse, ese es su oficio; y el honor de una familia debe servir para sus placeres... eso es muy divertido, no es verdad? (*Riendo y llorando.*) Vaya, por supuesto, muy divertido... porque como no ponen en presidio á los que hacen tales picardías, á los que matan de pesar á una madre anciana, á los

que asesinan á una familia entera... ya se ve, se ríen de ello y dicen: «qué me importa? he salido bien, allá se las compongan.» Y no se les castiga, sino que al contrario, se les dán empleos y honores, y... Ah! tiene usted razon para reirse, señora, es cosa muy divertida!

General. El diantre del muchacho me ha enternecido.

Baronesa. Enhorabuena... pero no por eso hay razon para que penetre hasta aquí y tenga la osadía de insultarme. Pues qué porque su hermana... una menestral!... tiene usted acaso la culpa? la tengo yo? nosotros nada tenemos que ver con eso.

José. La quisiera ver á usted ahora, si yo hubiera dicho lo mismo ayer en lugar de arrojarme al canal.

Baronesa. Qué dice?

General. Al canal?

José. Sí señora, yo fuí... hubiera querido callarlo, pero usted me obliga á echárselo en cara, señora Baronesa. No reiría usted así, no estaria usted tan algre si yo hubiese dicho ayer cuando cayó su hijo de usted al agua: «qué me importa? yo nada tengo que ver con eso; es un baron el que se ahoga.»

Baronesa. (*Yendo hácia él.*) Es posible! conque fuiste tú!... es usted el que...

General. Me alegro, eso la enseñará á usted...

Baronesa. Ha salvado á mi hijo... amigo mio, si yo hubiera sabido... es usted un buen muchacho, y mi reconocimiento... no le olvidaré á usted, ni á su hermana tampoco: haremos todo cuanto esté de nuestra parte... procuraremos repararlo todo... no es verdad, General?

General. Ciertamente. Vamos, anda, anda con Dios, y cuenta con nosotros, entiendes?

José. Pero debe ser al instante, señor General.

Baronesa. (*Yendo hácia él, y poniéndole un bolsillo en la mano.*) Toma, hijo mio, toma para tí y para tu hermana: esto es por el pronto, y si en lo sucesivo se conduce ella bien, si no vuelve á ver á mi sobrino, doblaremos, triplicaremos esa cantidad.

José. Cómo, señora Baronesa! dinero para mí y para mi hermana! oro?... gracias. (*Lo arroja.*) Este es el ca-

so que yo hago de su dinero de usted: lo desprecio tanto como á...

General. Dinero! (*Con la mano en el corazon á la Baronesa.*) Usted no tiene nada aquí.

Baronesa. Hola! pues me parece...

General. (*Pasando al lado de José.*) Tienes razon, se ha equivocado; necesitais algo mas que dinero. La Baronesa irá á ver á tu hermana, entiendes?

José. Ah! señora...

Baronesa. Sí, sí, iré á verla.

José. (*Al General.*) Si usted mismo pudiese ir...

General. Mucho me alegraría; pero, hijo, no puedo salir de casa, me es imposible el subir y bajar escaleras; tengo una pierna que se niega enteramente al servicio.

José. Conque si pudiese usted salir...

General. Iria contigo y veria á tu hermana; y si fuese buena muchacha, si valiese tanto como tú...

José. Mil veces mas!... qué haria usted?

General. Veríamos... tal vez se encontraria algun medio de reparar... (*Ap.*) No siendo el del matrimonio...

Baronesa. (*Bajo al General.*) No, no; yo misma iré y me informaré. (*Mientras hablan, José parece sentirse inspirado de una idea repentina, se dá con la mano en la frente, sonríe y se va corriendo.*)

ESCENA VIII.

EL GENERAL. LA BARONESA.

Baronesa. (*Volviéndose.*) Conque... se ha ido! Ese muchacho es loco...

General. Qué diablos! y se va sin dejar su nombre ni las señas de su casa.

Baronesa. Cuidado si son soberbias estas pobres gentes! Qué modo de rehusar los beneficios, el oro!

General. Ha hecho muy bien... usted cree que todo debe terminarse cuando se dice ahí tiene usted dinero? No es el oro, señora, lo que todo lo paga, sino el modo de darlo; y el que tiene un alma como la de ese muchacho... á mí me ha trastornado, lo confieso.

No veía usted aquella entereza, aquel desinterés?...

Baronesa. Yo no he visto mas que un chico mal educado, entiende usted?

General. Que le ha dado á usted una buena leccion, sin embargo.

Baronesa. Eso es, tome usted ahora su defensa; no faltaba mas sino que casase usted á Amadeo con su hermana en un acceso de popularidad.

General. Demasiado sabe usted que yo no lo haré, porque no pienso castigarme por las faltas de su sobrino de usted.

Baronesa. Pues es estraño.

General. Cree usted que soy tan estravagante como usted? pues está usted muy equivocada. Pero ha de saber usted que ese muchacho vale cien veces mas que mi hijo.

Baronesa. Déjeme usted en paz.

General. Cien veces, lo repito.

Baronesa. Yo lo creo, porque como para usted el pueblo es...

General. Eh! El pueblo! el pueblo! Quién soy yo? de dónde he salido? de dónde salió su marido de usted?

Baronesa. General!!

General. Sí señora, su marido de usted: mi hermano y yo, de dónde hemos salido? qué eramos?... lo que ese muchacho, dos chicos del pueblo, no precisamente impresores, sino hijos de un carretero; pero lo mismo que él, teniamos espíritu y capacidad para distinguirnos de la multitud, y sin embargo hubiéramos estado siempre confundidos en ella, á no aparecer un Napoleon que nos arrastrase en su turbillon. La suerte era la que decidía entonces; uno moría, otro llegaba á ser duque, otro mariscal, y así es como su marido de usted llegó á ser baron, y yo conde del Imperio... vea usted en lo que consiste nuestra nobleza; nobles modernos, que no por eso dejamos de ser algunas veces orgullosos como los antiguos de quienes nos burlamos; no por eso dejamos de olvidar como ellos que hemos salido del pueblo: y yo el primero, por desgracia, cuando me veo con el gran cordon, las condecoraciones y el vestido lleno de bordados, sentado en la cámara de los Pares al lado de algunos antiguos

apellidos, y oigo lisonjear mi vanidad con el título de conde, temo parecer tan ridículo como usted cuando se pavonea en los salones de alguna familia ilustre, ó en el relumbrante círculo de la Corte: usted? la hija de don Anton Bacherot, un mercader de lanas de Arpajon, un pobre hombre, que lo que menos se le ocurria al ponerla á usted en el mundo, sería el criar una hija para que fuese Baronesa, ni noble, ni orgullosa.

Baronesa. General! acuérdese usted de que mi marido...

General. Su marido de usted era del pueblo, era un soldado.

Baronesa. Qué blasfemia! mi marido soldado!

General. Sí, señora, fué soldado raso lo mismo que yo... —y en eso consiste nuestra mayor gloria. Qué corazon no late de noble orgullo cuando hallándose en un lugar tan elevado, se acuerda de que ha subido á él desde tan bajo?

Baronesa. Vamos... yo...

General. Y mi hijo por haberse olvidado de esto...

Baronesa. Su hijo de usted es un noble y no debe...

General. Es un miserable! y si ahora le tuviera á tiro... (*Vibrando el baston.*)

ESCENA IX.

DICHOS. AMADEO. *Despues* HILARIO.

Amadeo. (*Entrando de prisa.*) Tia, me llamaba usted?

General. Aquí está.

Baronesa. (*Adelantándose al General.*) Amadeo, vete.

Amadeo. Por qué?

General. Estése usted quieto. (*Tira el baston.*) Acérquese usted.

Baronesa. (*A media voz á Amadeo.*) Por Dios, no le irrites. (*Pasa á la izquierda del General.*)

Amadeo. Pero qué es esto? por qué está usted tan desazonado, padre?

General. Caballero, usted se ha deshonrado.

Amadeo. Padre!...

General. Usted ha mentido su nombre para introducirse

en la casa de una familia pobre, pero honrada, segun tengo entendido.

Amadeo. Pues qué, usted sabe?... yo...

General. Cuidado con rodeos ni supercherías; responda usted terminantemente.

Amadeo. Es verdad.

General. Ha sembrado usted en ella el oprobio engañando á una jóven soltera.

Baronesa. Locuras de muchachos...

General. Yo no hablo con usted. (*A su hijo.*) Una jóven á quien usted ha engañado para perderla.

Amadeo. Qué podré decir, padre mio? yo la queria, y mi corazon me ha estraviado á mi pesar: esta falta quisiera expiarla con mi sangre...

Baronesa. (*Haciéndole señas.*) Bien, bien.

General. Esa falta es un crímen, entiende usted? Yo sé todo lo que se permite á la edad, todo lo que la pasion disculpa; pero cuando se comete una traicion, una bajeza...

Amadeo. Soy culpable, no lo niego; pero el cielo es testigo de que mil veces avergonzado, desesperado, he querido arrojarme á sus piés de usted, confesarle nuestro amor y pedirle su consentimiento; pero el temor de provocar su cólera, me ha detenido.

General. Y ha hecho usted muy bien. El nombre que usted lleva le impone deberes...

Baronesa. Seguramente, tú no puedes...

General. (*Bruscamente á ella.*) Yo no hablo con usted. (*A él.*) Deberes que usted debia haber tenido presentes antes de ahora: el honor de esa muchacha, de su hermano, de su pobre abuela, de quien sin duda será el apoyo, le parece á usted... pero qué es eso para un pisaverde, para un mequetrefe sin ocupacion? era preciso matar el tiempo que usted perdia, y sin duda al salir de alguna orgía tuvo usted esta feliz ocurrencia...

Amadeo. Me parece que mi conducta...

General. Su conducta de usted es la de un impostor, de un infame.

Amadeo. Padre!!!

Baronesa. Conde, reflexione usted...

General. (*A la Baronesa.*) He dicho que no hablo con

usted. (*A Amadeo.*) Sí señor, de un infame.—Bajo qué aspecto se ha presentado usted en esa casa? Ha dicho usted á esas pobres gentes: «soy un jóven elegante, heredero de una gran familia; paso mi vida en el ocio, ó tal vez peor, porque mi padre se hizo acribillar de heridas para dejarme un rango distinguido y una fortuna?» Ya se ve, entonces le hubieran cerrado á usted la puerta, y para evitarlo ha recurrido usted á una mentira! se ha presentado usted como un artesano pobre como ella y prometiéndola su mano.

Amadeo. Ah! perdon, padre mio! perdon!

General. Para abandonarla en seguida...

Baronesa. Conque él ha ocultado su nombre...

General. Sí señora, su nombre, su rango, y hasta esa cinta que usted le ha alcanzado para ponerle de moda y que le han concedido sin duda por consideraciones á mí, por adularme tal vez. (*A Amadeo.*) Porque, cuáles son los títulos que usted tiene para llevarla? cuáles sus méritos? qué ha hecho usted para adquirirla? nada, como otros muchos. Cree usted que con haber obtenido esa cruz está todo terminado? no señor, el corazon que late debajo de ella tiene deberes que respetar, y aquel que la deshonra es indigno de llevarla. (*Se la arranca.*)

Amadeo. (*Desesperado.*) Señor!!...

Baronesa. Dios mio! qué hace usted?

General. (*Con nobleza á su hijo.*) Qué quiere usted, caballero?

Amadeo. Ah, señor! usted es mi padre, debo respetarle y humillarme ante su autoridad, pero yo sabré lo que he de hacer. (*Se va precipitadamente.*)

Baronesa. Usted es un caballo desbocado.

General. Ya he dicho que no hablo con usted, señora, conque déjeme usted en paz.

Baronesa. Pero perdonará usted á su hijo?

General. Nunca, si usted se mezcla en este asunto.

Baronesa. Yo me encargo de esa muchacha... Ahora voy á saber qué es de Amadeo; yo no le abandonaré. (*Se va.*)

General. Vaya usted con una legion de demonios, (*Atravesando el teatro.*) y él y todas las chiquillas crédu-

las de París. Al cabo harán que me irrite la gota, y me matarán tambien. (*Se sienta en el camapé: Hilario aparece en el foro.*) Qué es eso?

Hilario. Perdone usted, señor, venia... no almuerza usted?

General. No, llévate eso y déjame en paz; no quiero ver á nadie, á nadie, lo entiendes? (*Hilario se va por la habitacion del General.*)

ESCENA X.

EL GENERAL. JOSÉ. *Luego* ELISA.

José. (*Abriendo la puerta del foro.*) Señor General...

General. (*Se vuelve.*) Otra vez! Qué es lo quieres ahora tú?

José. No soy yo, señor General, es mi hermana.

General. Tu hermana!

José. Chiiit. (*Entra.*) Usted queria conocerla, yo tambien lo deseo, y como la gota le impedirá á usted salir sabe Dios cuánto tiempo, he calculado que lo mejor era que ella viniese aquí... así... en caliente... y como queremos que la abuela no lo sepa...

General. Tu hermana, tu hermana!...

José. Voy á decirla que entre. (*Se va y vuelve.*) Ah!... Ella no sabe que está en su casa de usted, porque no hubiera querido venir: la he dicho que la iban á dar trabajo, música para copiar.

General. Ya: vive de eso?

José. Y de eso es de lo que la ha de hablar usted; cuidado que se le escape á usted alguna palabra que la dé á entender que usted sabe...

General. Bien, bien, hijo mio; no tengas cuidado. (*José va al foro.*) Hubiera sentido no ver otra vez á este muchacho.

José. (*En el foro con su hermana.*) Entra, Elisita... te has limpiado los zapatos?... No tengas miedo, saluda al señor General. (*Bajo.*) Es un General, un anciano.

General. Acérquese usted, señorita, acérquese usted. (*Ap.*) Una niña!

Elisa. Caballero... (*A José.*) Pero tú me habias dicho que era una señora.

José. Bien... una señora ó un General, qué mas dá?

General. Yo soy quien ha querido verla á usted y hablarla; tome usted asiento.

Elisa. Caballero...

General. Vamos, siéntese usted.

José. Siéntate y no estés temblando. (*Bajo.*) Parece algo brusco; pero es un buen hombre... algo... ya puedes figurarte, un militarote viejo... habrás visto muchos así. (*Elisa se sienta junto al General.*)

General. (*Bruscamente.*) Conque es usted, señorita, la que... (*Elisa se levanta.*)

José. (*Bajo al General.*) Eh... No la hable usted así; la va usted á asustar! No ve usted que no está acostumbrada á ese tono brusco... y luego como tiene usted ese aire y esa facha abultada y esa voz tan recia.., cualquiera que no le conozca á usted...-yo ya le conozco y es diferente.

General. (*Con dulzura.*) Calla, calla. (*A Elisa.*) Vamos, hija mia, sientése usted, yo se lo suplico, hágame usted este obsequio. (*Mira á José y este le hace señas de así, así.*)

José. (*Detrás de la silla de Elisa.*) Ves, tonta? si ès muy guapo.

General. Señorita, tranquilícese usted, tengo motivos para estar muy quejoso; pero no de usted, al contrario, la considero...

Elisa. Mi hermano me ha dicho que viniera aquí para...

José. Cállate; déjale al señor que hable.

General. Usted no me conoce; yo soy el General Morin, padre de Amadeo.

Elisa. Ah! caballero... Dios mio! (*Queriendo marcharse.*)

José. Qué sagacidad tiene!

General. (*Deteniéndola.*) No se vaya usted, niña, yo no la acuso ni me incomodo, bien lo ve usted.

Elisa. Ah José, me has engañado!

José. Ha sido por tu bien, hija; no es verdad, mi General? Vamos, no llores de ese modo; me vas á hacer llorar á mí tambien.

General. Mira, aléjate de aquí: déjanos á los dos.

Elisa. Hermano mio!

José. No, no tengas cuidado, estoy allí. (*Se dirige al foro y se sienta en el brazo de un sillon.*)

General. Pues sí, yo soy su padre. El la ha engañado á usted, no es así?

Elisa. Ah! si viera usted qué perfidia! yo le amaba tanto, le creía de tan buena fé!

General. Y su madre de usted?

Elisa. Hasta ayer nada habia sospechado mi abuela... y si llega el caso de que tenga que saber la verdad... Oh, Dios mio! porque usted no sabe hasta qué punto soy desgraciada! (*José saca el pañuelo, y se enjuga las lágrimas.*)

General. Vamos, vamos, hija, valor. (*Ap. enjugándose los ojos.*) Veamos. (*Alto y observándola.*) Conque usted ignoraba absolutamente que él fuese noble y rico, y...

Elisa. Sí señor, solo le conocia por un pintor de decoraciones, que vivia de un jornal.

José. (*Acercándose con viveza.*) Y por eso me ofrecia billetes para ir á ver la comedia, y nunca...

General. Ya te he dicho...

José. Por supuesto, mi General. (*Vuelve á su puesto diciendo á Elisa:*) Luego, luego le diré...

Elisa. Venia todas las noches bastante tarde... despues de su trabajo, segun decia... mi abuela estaba ya acostada, y yo sola copiando; él mismo me traía tambien música á copiar para él... ó para sus amigos, ó qué sé yo...

General. Y se la pagaba á usted, por supuesto, con generosidad?

Elisa. Siempre quiso pagármela, pero yo nunca tomé nada. (*El General se aproxima á ella.*) Oh, Dios mio! ahora veo lo bien que he hecho!

General. Decia que se casaria con usted?

Elisa. Sí señor; pero siempre lo estaba dilatando: yo le reconvenia... me daba mil razones, y yo siempre le creía. «Mi padre es muy severo,» me decia...

General. Decia eso?

Elisa. No querrá que me case hasta que esté establecido; pero pronto lo estaré, y entonces serás mi mujer. —Luego empezó á ponerse tan triste... no trabajaba ni hacia nada con concierto... decia que deseaba la muerte... y yo, pobre de mí, le amaba tanto y tenia tanta confianza en él... (*Dejándose caer de rodillas.*)

Ah! perdon, señor General, perdone usted á una infeliz!

José. (*Acercándose.*) Hermana mia!

Elisa. Ya no le amo: quiero huir de él y no verle jamás. Hasta ayer no he sabido mi desgracia, y al ver que me ha engañado, que mi pobre abuela morirá de pesadumbre, le detesto tanto como le he querido, y quisiera morirme.

General. (*Conmovido é irritado.*) Tranquilícese usted... le he arrojado de mi presencia: desde hoy no es nada para mí.

Elisa. (*Levantándose.*) Cielos! arrojado de su casa por su mismo padre y por causa mia! Ah, señor! yo quiero ser la única á quien se compadezca: no abandone usted á su hijo, se lo pido á usted de rodillas, sería muy desgraciado; es su hijo de usted, su sangre: por compasion, perdónele usted, caballero, perdónele usted. (*José viene y se coloca á la derecha del General.*)

General. (*Conmovido y ap.*) Y decia que no le amaba!

José. (*Enjugándose las lágrimas.*) El General ha hecho muy bien.

Elisa. (*Con mas calor.*) Un padre no ver mas á su hijo! Es acaso posible? Pero no, usted padeceria demasiado y tendria usted una vejez muy triste.

General. (*Reprimiendo su emocion.*) Sí, muy triste! Estaré siempre solo... solo!... pero usted (*Despues de reflexionar.*) sabe leer?

Elisa. (*Admirada.*) Sí señor.

José. (*Ap.*) Vaya una pregunta tonta. (*Alto.*) Pues podia no saber habiendo sido educada en San Dionisio en la legion de honor.

General. Ah! su padre de usted era militar?

Elisa. Sí señor.

General. Su nombre?

José. Meunier.

General. Meunier! yo conozco ese apellido... sí, un sargento.

José. Que ascendió á teniente en Eylau.

General. Le conocí en Wagram: era un buen sugeto, y valiente; yo mismo le condecoré.

José. En Wagram! sí, allí creo que fué, segun dice la abuela...

General. (*Con ansiedad.*) Dónde está?
Elisa. Murió.
General. Ha muerto! otro camarada menos!
José. Ha muerto siendo capitan de inválidos.
General. Ah!
José. (*Con alma.*) Si viviese no nos veríamos así, no se nos insultaria...
Elisa. Padre mio!
General. Vaya, y quién os insulta? qué es lo que estais ahí diciendo?

ESCENA XI.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. Vengo buscándole á usted, General.
José. (*Ap. á Elisa.*) Esta es la mala.
Baronesa. (*Reparando ligeramente en Elisa, y dirigiendo la palabra á José.*) Todavía está usted aquí, niño? Tengo que darle una buena noticia, y á usted tambien, conde. Esa muchacha... ya sabe usted la que digo, yo no puedo admitirla en casa, porque ya conoce usted que aquí...
General. Y qué quiere usted decir?
Baronesa. Que la voy á colocar en casa de mi hermana.
General. Ya, de camarera tal vez!
José. Cómo?
Elisa. A mí?
Baronesa. (*Mirándola.*) Ah! eres tú?... bien, muy bien; me gusta. Ya verás qué bien te va... tendrás dos mil reales al año de salario, sin lo que yo añada.
José. Camarera!
Elisa. Jamás.
José. Gracias, señora; pero ha de saber usted que mi hermana sabe trabajar para vivir, tiene su oficio, y no ha nacido para ser criada de nadie: nosotros no comemos el pan de la servidumbre; para eso se necesita un genio á propósito; y si á usted le parece escelente, á nosotros nos parece muy mal.
Baronesa. Qué orgullo! Yo no entiendo esto: despreciar el dinero, despreciar una colocacion tan ventajosa.

José. Qué quiere usted: cada uno tiene sus aprensiones.

Baronesa. Pues es usted un necio.

Elisa. Señora!...

Baronesa. Qué es lo que piensa usted llegar á ser?

General. Eso no le toca á usted inspeccionarlo; y para reparar sus majaderías de usted yo le ofrezco una plaza que no rehusará, á mi lado, en mi casa; no la abandonaré jamás; son huérfanos de un valiente militar, y yo me encargo de su suerte, si quieren consentir en ello.

Elisa. Ah, señor General!

José. Y de mi abuela tambien, no es verdad?

Baronesa. Pero en casa, cuando se va á celebrar el matrimonio de mi sobrino!

General. Váyase usted con su sobrino al infierno: no quiero volverle á ver, no quiero oir hablar de él. (*Señalando á Elisa, que llora.*) Vea usted eso! Vea usted!

Elisa. (*Viendo á Amadeo, que llega.*) Ah! Él es.

José. Amadeo! (*Se lanza hácia él, y el General le detiene.*)

General. Eh! tú tambien! te estarás quieto?

ESCENA XII.

DICHOS. AMADEO.

Amadeo. Déme usted la mano, padre; no me deseche usted: para ser digno de su amor... (*Viendo á Elisa.*) Cielos! Elisa! Ah, padre mio! Soy aun mas culpable á sus ojos de usted de lo que imaginaba.

General. (*Con severidad.*) A qué viene usted aquí, caballero?

Amadeo. A decirle á usted que he roto todos los lazos que me unian á esos placeres y locuras que con tanta justicia me ha echado usted en rostro: ya no seré un ente inútil, tengo una afrenta que borrar.

Baronesa. Cómo?

Amadeo. Acabo de ver al ministro de la Guerra á nombre de usted, y me ha concedido lo que anhelaba, el honor de pertenecer á las filas del ejército; y se lo ju-

ro á usted, padre mio; moriré con gloria, ó volveré digno del que me ha dado el ser y de aquella á quien amo mas que nunca.

Elisa. Va á partir!

Baronesa. Nosotros no lo permitiremos.

General. Yo lo permito. Vaya usted, y distíngase como yo lo deseo y lo espero: esta accion casi le reconcilia á usted conmigo. Tiene usted pundonor y resolucion... estoy contento. (*Volviéndole la cinta.*) Vuelva usted á recobrar esa cruz.

Amadeo. (*Besándole la mano con que se la entrega.*) Ah! gracias, mi General, gracias: la vuelvo á tomar como un préstamo que he de satisfacer desde hoy; pero no la volverá usted á ver en mi pecho sin que pueda decir: «mi hijo es digno de llevarla.»

Elisa. (*Anegada en lágrimas y con tono suplicante.*) Y usted quedará solo!...

Amadeo. Elisa!

General. Solo! no, aun te tengo á tí, Elisa, hija mia!

Elisa. Ya, pero no es lo mismo!...

General. (*A Amadeo.*) Y cuando se haya usted adquirido por sí un nombre, cuando sea usted digno de ella, de la hija de un valiente oficial! entonces vendrá usted á mí y me pedirá la mano de mi hija, y yo veré si debo concedérsela á usted.

Amadeo. (*Con voz ahogada.*) Bien, padre mio!...

José. (*Enternecido.*) Bien, bien.

Elisa. Dios mio!

Baronesa. Enhorabuena, pero no creo que llegará nunca el caso de...

General. (*Irritándose por grados.*) Y quién me lo estorbará?

Baronesa. Ea!... basta de locuras! En cuanto al matrimonio...

General. Lo haré si quiero.

Baronesa. Nunca: yo le digo á usted que no lo hará.

General. Y yo le digo á usted que sí, que sí, sí.

Baronesa. No, mientras yo viva...

General. Parece que usted me desafia á que lo intente.

Baronesa. Sí, le desafio á usted: cuidado!

General. Sí? (*Fuera de sí á Amadeo.*) Pues tómala ahora mismo, cásate con ella... aunque no fuera mas que

porque se la llevasen todos los diablos. (*Lleva á Amadeo al lado de Elisa.*)

Amadeo. Padre mio! es posible!

Elisa. Amadeo! Ah, señor!

José. (*Saltando de alegría.*) Bien, bien... mil veces bien!

Baronesa. General, ha llevado usted muy allá el acceso...

General. Usted casará á su baron como le parezca: yo caso á mi hijo como me acomoda. (*A Elisa y Amadeo, que le besan la mano.*) Gracias, hijos, gracias; sobre todo es menester ser hombre de bien...

José. (*A un estremo del teatro enjugándose las lágrimas.*) Es mucho General... vivan los veteranos... y mi abuela cuando lo sepa?... ay, qué contento que estoy. (*Llora.*) Tengo gana de reir y no puedo.

General. Eh... tú que estás ahí bailando, buena alhaja, tú eres quien lo ha hecho todo: ahora has de decir qué es lo que tú quieres ser, qué carrera...

José. Yo, mi General? quiero continuar en mi oficio, aprenderlo bien, y hacer fortuna como mi maestro, que es rico, condecorado, diputado, casado... en fin, todo, y con el tiempo yo tambien espero serlo.

General. Enhorabuena; pero cuando menos, ahora que estoy de gracias quiero hacer algo por tí; quiero que me digas lo que apeteces sobre todo en este momento: vamos á ver.

José. Sobre todo? Yo apetezco una cosa que me agradaria muchísimo... pero puede ser que usted no quiera.

General. Qué es? veamos, habla.

José. Quisiera... mi General... darle á usted un abrazo.

General. (*Alargándole los brazos.*) Tómale, hijo mio; ven, abrázame. (*José se precipita en sus brazos, y cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

ARITMÉTICA GENER

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 35—2 reales

ADMINISTRACION
CALLE DE DON MARTÍN, 13
TELÉFONO NÚMERO 3.197

MADRID